





RIK, EL SIMIÓ

peter kapra

PETER KAPRA

RIK, EL SIMIO

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián
Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS
AIRES

Depósito Legal: B -17030 — 1967

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Durante su largo servicio en la flota de los Cincuenta Soles se había enfrentado con el recelo y la hostilidad

porque era un Hombre Mixto.

(Van Vogt, «Razas del futuro»).

EPTAMÓN I

—Óyeme, hombre, yo te hablo... Soy Rik, el simio, el experimentado, tu obra. ¿Creíste que no podía expresarme en tu lengua? Soy como tú, tengo un cerebro pensante, razono y pienso.

»Ahí está el bebé y llora. Me pone nervioso y me gustaría hundir mis dedos en su cuello, para que deje de gritar. Eso sería matarlo... Y no soy un asesino, aunque Él está muerto. ¡Lo merecía, por lo que me ha hecho sufrir!

»Sé que van a venir los heliplanos, las naves de suspensión aérea, y las máquinas de muerte lanzarán sus invisibles rayos sobre mí. Me van a matar, porque les horrorizo, porque soy un animal salvaje, distinto a ellos.

»¡La obra de Simovich está hecha! ¡Soy yo! ¡Otros pueden realizarla, porque tú eres curioso, hombre, y no cejas en indagar, sondear y experimentar, incluso con simios, con conejos, con insectos!

«¡Eres insaciable, hombre! Crees que, para saciar tu soberbia, no debe existir misterio en el Universo que tú no conozcas. Crees que tu destino es sagrado y que tu fin es la eternidad. Pero eres materia, y la materia se forma, se transforma y desaparece. ¡Eso también lo sabes y te aterra lo insignificante que eres!

»Sé lo que digo. Hay en mi cerebro miles de ideas confusas, transmitidas por neuronas trasplantadas, como el que injerta la rama de un ciruelo a un melocotonero, para obtener frutos nuevos. Esa ciencia es vieja, como tu raza. La técnica que empleáis también es vieja, más que el Sol, pero a vosotros, a ti, hombre, en particular, os parece nueva.

»Y ¿qué eres? ¿Te has detenido a pensarlo? ¿Mejor que yo, porque en tus facciones no hay vello negro como en las mías? ¿Caes en la aberración de juzgar por ti mismo, incluso a tu propia obra, despreciándome, odiándome?

»No soy como tú, y ni siquiera eres perfecto. Las pasiones te dominan, como me dominan a mí, que estoy hecho de ideas confusas y abstractas. ¿Es que puedes entender lo que hablan los demás? ¿Es que los escuchas?

»¡Ah, tienes leyes! ¡Pero no hay ninguna que prohíba que un simio pueda caminar por la calle. En eso no has pensado nunca...

¡Tienes que hacer una ley! ¡Has de decretarlo, como has hecho ahora, en tus consejos de cobardes!

«¡Matad a Rik, dondequiera que esté! Y yo te conozco. Me matarás, aunque sea mejor darme la mano, saludarme como un semejante deforme, como si yo transmitiese aquellas antiguas enfermedades que asolaban vuestra raza, cuando no erais más que yo soy ahora... ¡El tiempo os ha enloquecido!

»¡Pero yo tengo conocimiento! ¡Necesito dejar grabado en este disco de cadmio, de surco invisible, el eco de mis palabras! Podrás destruir mi voz, pero mi razón quedará aquí y alguien la escuchará algún día, con el tiempo, porque tu técnica para archivar imágenes y palabras es perfecta.

»Yo he visto la máquina de grabar y he pensado en hacerte un legado, hombre, quienquiera que seas el que alguna vez me escuches. Quiero decirte lo que tus semejantes han hecho conmigo, desde el momento en qué me sacaron de mi Parque Nacional de Burma, para traerme a este país ahora enloquecido.

»He oído decir, encaramado a una ventana, que soy invulnerable a las descargas paralizantes o mortíferas del rayo «láser». Lo comentaban dos mujeres, en una salita. He sentido ganas de asomarme y darles un susto. Pero pensé que podía serles fatal. Eres muy frágil, pese a tu soberbia.

«Pensé que era mejor escapar, esconderme, aunque tenéis máquinas para detectar mi presencia. Sé que sabes dónde me encuentro, y sabes también que tengo al bebé conmigo, al que no quiero hacer daño, pese a que llora. Y tú lo sabes también, y temes cometer un error y herirle. Tu vida es muy respetada; la mía, no. Como si mi vida no fuese tan importante o más que la tuya.

»¡Tú, que te matas deliberadamente, desafiando leyes inmutables de velocidad! ¡Tú, que ingieres veneno que mina tu organismo, por el simple hecho de aturdirte y sacudirte eso que llamas angustia, y que sabes muy bien que es fatiga, enfermedad mental, pero quieres desafiar las leyes médicas, creyéndote mejor que los otros, hasta que ya no tiene remedio y caes fulminado! ¡Tú, que luchas con otras razas, intentando doblegarlas, esclavizarlas, aunque ellas se defienden con las armas que poseen, derrotándote a veces!

«¿Por qué quieres acabar conmigo? ¿Por qué? ¿Porque soy un simio y mis brazos son largos, y voy desnudo, y me subo a los árboles, a las ventanas, por las paredes? ¿O porque un simio no tiene derecho a pensar como tú?

»¿Podrás contestar a esto, hombre?

»¿ Acaso soy culpable de que me hayas hecho como soy? ¿Tengo la culpa de que Igor Simovich descubriera la neurona natural que te hace semejante a los demás animales de la creación, desde el pez al

«Orondino» de Venus?

»¿Te repugna la idea de ser igual que yo? ¡Destrúyeme, hazlo! Él no puede hablar, y los otros no lo harán porque no saben la fórmula. Yo sí la sé, porque he pasado muchos meses en aquel laboratorio. Yo abría la puerta de la jaula y salía, mientras ellos estaban fuera. Sólo una vez me descubrió Sonia, y se sorprendió...

»— ¡Qué descuidado es mi padre! — dijo.

«¡Ahora ya sabe que fui yo! ¿Por qué no vienes a verme, Sonia? ¡Sólo por ti me dejaría encerrar de nuevo! ¡Porque te quiero con mi nueva alma de hombre!

I

Era un hombre alto, joven, bien parecido, con una pierna y un brazo injertado, a consecuencia de la batalla Rumika, que dio la victoria a los Conquistadores del Sistema. Se llamaba Kerry Gordon, y era biólogo.

Un hombre moderno, que vestía el «harpo» termostático desde la juntura hermética de las botas hasta el cuello, donde el engarce metálico permitía colocar el casco contra el aire enrarecido de la atmósfera terrestre, tan viciado ya por toda clase de emanaciones, polución y radiactividad.

Podía emplear un «car», porque era hombre de posición, pero prefería caminar... ¡Caminar, cosa insólita ya en una megápoli como Brako, en la Nueva Amérika, donde todos transitaban en túneles móviles, en heliplanos, aerodiscos, hidrofoils o simples bólidos aire-espacio!

Kerry Gordon había descubierto un placer nuevo al ejercitar las piernas. ¡Y caminaba por lugares aislados, por calles sin protección, donde vivían los parias, los desheredados, cuya vida se cifraba en noventa años!

Él, sin embargo, contaba vivir ciento treinta años, porque podía pagar los «vitalizadores», aquellas pastillas blancas que prolongaban la vida y preservaban de enfermedades malignas. Claro que Kerry gastaba en ellas la mitad de su sueldo: ¡mil «checks» anuales!

Los pobres no podían pagarlas. Ellos vivirían menos. Pero eran felices. Sabían que sus antepasados, dos siglos atrás, vivían sólo setenta años como promedio, aunque entonces la atmósfera estuviese pura y el agua corriente libre por la naturaleza.

Sí, encontraba placer en caminar. Además, era joven y su cerebro estaba despejado. Por eso, aquel día , 11 de Marte de 2.266, al dirigirse a la finca del profesor Simovich, a quien acababa de conocer a través de la pantalla cromática del fonovisor, Kerry dejó su «car» a las afueras de la megápoli, en el Parque Rah, y caminó, a buen paso, por un camino bordeado de árboles.

La finca del profesor Simovich se llamaba «Colina». Kerry no había estado allí nunca y le gustaron sus alrededores. Árboles, setos, macizos de arbustos recortados. Era, sí, un lugar tranquilo, donde el aire parecía ser más puro.

Hasta llegó a pensar que, viviendo allí, no sería necesario ingerir

periódicamente los «vitalizadores». La sangre corría, alborotada, por sus venas y se sintió con menos de los veinticinco años que contaba.

¡Biólogo titular de la Universidad de Brako! Kerry se sentía orgulloso de su título. Había muchos biólogos por todo el Sistema, pero pocos con un título oficial, extendido por el Consejo Superior de Guerra, como el suyo.

¡Un joven y eminente biólogo militar, especializado en bacteriología, zoología y medicina animal!

Bien podían pagarle dos mil «checks» al año. Era casi un genio. ¡Un genio, qué caramba! Él estaba seguro de serlo. Nadie podía discutírselo. Y cuando el profesor Himo le señaló con el dedo, acusándole de ser absolutamente normal, Kerry se retiró de la Universidad, alistándose en las Legiones del Cosmos, en las que tenían que cumplir un año de servicio, con la seguridad casi absoluta de morir en algún remoto planeta, sin pena ni gloria, pero alcanzando esta última, si sobrevivía.

Y Kerry no sólo sobrevivió al año de servicio, sino que salió con vida de las descargas radiactivas de la batalla Rumika, aunque le cortaron la pierna izquierda y el brazo del mismo lado.

Dos injertos, una operación de cirugía plástica en la mano, y Kerry fue desmovilizado con todos los honores. En su pecho, sobre el «harpo» plateado, lucía su insignia: ¡tres barras de oro sobre el Escudo Inviolable del Consejo Superior de Guerra!

Kerry Gordon era un Hombre Sacro, y poseía tratamiento de «Vos».

Y, sin embargo, no se vengó del profesor Himo. Aceptó su decisión sin reprocharle nada, y no dijo una palabra que pudiera molestar al hombre que le acusó de ser normal y no un genio.

El profesor Himo, sin embargo, percibía sólo seiscientos «checks» al año, y tenía que acudir cinco días a la semana a la Universidad, mientras que Kerry sólo iba cuando se le antojaba, y percibía mil cuatrocientos «cheks» más que el profesor.

¡Kerry se había convencido ya de no ser un genio, y no le importaba! Muy poca gente en Brako ganaba lo que él y vivía como él, en un lujoso apartamento con doce salas para él solo, ni tenían en el Depósito Oficial Bancario (DOB) una cuenta de veintiséis mil «cheks».

Pero ¿por qué iba a «Colina», a escuchar, seguramente, los disparates de un hombre que decía llamarse de ciencia, y que siquiera tenía título oficial?

¿Quién era Igor Simovich? ¿De dónde había salido?

«—Os niego que me escuchéis, señor —había suplicado el hombre del cabello blanco ante el objetivo del fonovisor —. Perdonad mi atrevimiento, ¡os lo suplico! Pero deseo hablaros de un descubrimiento sensacional que he realizado en mi laboratorio

particular.

Por encima del hombro del individuo con las gafas sobre los ojos — ¡un verdadero anacronismo! —, Kerry había visto un rostro difuso, unos ojos de color azul oscuro, como el cielo de los espacios. Una mirada que se clavó en la suya, no implorándole nada, sino mirándole. Era un rostro de mujer, de óvalo confuso, dada la distancia que se encontraba del objetivo.

Pero aquellos ojos de noche se hundieron en la mente de Kerry, obsesionándole. ¡Él no había visto jamás unos ojos como aquéllos!

Por eso escuchó en actitud tolerante. Un simple gesto habría bastado para cerrar la comunicación que había distraído su estudio, en el suntuoso despacho de su mansión, en el centro de Brako.

«— Bien, señor Simovich. Iré a ver su experimento.

Por eso estaba allí. Y lo que menos le interesaba era lo que el hombre pudiera decirle. ¡Él quería conocer a la poseedora de aquellos hechiceros ojos, verla de cerca, persuadirse de que era una criatura terrestre, normal y corriente, y olvidarla luego!

Y el paisaje que veía en torno empezaba a gustarle. Los árboles, los macizos de arbustos recortados, la fronda verde, el camino liso, como cubierto de un polvo suave que no podía sacudir el viento. Y, de pronto, la «hemisferia» sobre la plataforma escalonada.

¡Era una mansión señorial, aislada de la gran urbe, sencilla y de acuerdo con la arquitectura de la época!

Una cúpula blanca, con grandes tragaluces, siempre orientados al sol, y la escalinata circular, en torno a la mansión, situada en lo alto, en medio de la terraza, como si fuese la vivienda de un astrónomo enamorado de las estrellas.

Se trataba, sin duda, de la mansión de un hombre adinerado y de buen gusto.

Vio también la escalera móvil, que no quiso utilizar, y en la parte superior, unas sillas extensibles, de color blanco, y graduables por dispositivos electrónicos.

Y en la puerta de cristales distinguió a Sonia. La vio perfectamente, sin interferencias cromáticas, a la luz del día, situada en el enfoque perfecto de sus retinas. Una muchacha de «harpo» ajustado, color malva, de senos turgentes y bien proporcionados, cuello largo, rostro moreno y ovalado... ¡Y sus ojos color azul cielo, brillantes como el terciopelo, fascinadores!

— Señor, sed bienvenido a «Colina».

— ¿Quién eres, mujer? —preguntó Kerry, acercándose.

— Mi nombre es Sonia Simovich.

— ¿La esposa del hombre que...?

— No, señor —contestó ella apresuradamente—. Soy su hija... Me ha rogado que salga a recibiros. Tiene mucho trabajo preparando

los detalles de la prueba que os quiere mostrar.

Kerry se acercó más a la muchacha, mirándola detenidamente de pies a cabeza.

— Eres muy bonita. ¿Lo sabes? —dijo, en forma de elegante cumplido.

Ella mantuvo la mirada de él, sin sonreír. Contestó:

— Gracias, señor Gordon. Sois muy benévolo conmigo. Y a fuer de sincera, sabed que he salido a recibiros por encargo de mi padre, quien me ha rogado encarecidamente me muestre obsequiosa y amable con vos.

— ¿No es lo correcto con un Hombre Sacro? — preguntó él, arqueando las cejas, un tanto sorprendido.

— No... Yo nací en la Nueva Europa, en Moskowa, concretamente.

— ¡Ah, comprendo!

— Allí no acatamos como a superior más que al Jefe. Los demás, técnicos y artistas, pensadores y obreros, somos iguales. Sólo en Nueva Amérika existen castas.

— Debía usted saberlo antes de venir aquí — Él cambió el tratamiento a la muchacha, al conocer su origen extranjero.

— ¡No es preciso que me respetéis, señor! — se apresuró a decir Sonia altivamente—. Habladme como lo hacéis a los parias de Brako. No me humilla.

— Siento y deploro que nuestras leyes no te agraden, mujer. ¿Eres soltera?

— Sí... ¡Jamás me casaría con un «neoamerikano»!

—¿Por qué?

— Sois el invitado de mi padre, señor. Disculpad si no os contesto a esa pregunta. ¿Tenéis la bondad de pasar? Esta casa, cuanto hay en ella y mi insignificante persona, están a vuestra disposición.

Kerry inclinó la cabeza y aire beso el umbral, encontrándose en una sala en forma de media naranja, circular y abovedada, de unos diez metros de radio por quince de diámetro. No había ningún mueble y la luz era tamizada.

— ¿Queréis sentaros, señor? —preguntó Sonia, mostrando un aparatito de telecontrol que había sacado de uno de los bolsillos de su «harpo».

— No, gracias, Sonia. Ante el recibimiento que me has hecho, prefiero más ir directamente a donde está tu padre. Mi tiempo es muy importante.

El rostro de la chica se demudó, de pronto.

— ¡Perdonadme, señor, os lo ruego! ¿No os habréis molestado por lo que he dicho? Mi padre me ha rogado encarecidamente que sea atenta con vos. No le culpéis a él, por favor... ¡Os lo ruego, señor!

Kerry se sintió desarmado ante aquella súplica. Sonia era encantadora. Su rostro era como un precioso estudio de expresiones, ahora desdeñosas, ahora altivas, suplicantes, asustadas…

— No temas, Sonia… Sí, te aceptaré un asiento y un cordial de «orange».

Con un suspiro de alivio, ella presionó el telecontrol, haciendo que detrás de Kerry, del suelo, y de donde no parecía existir nada, surgiera una cómoda butaca extensible, que cuatro brazos metálicos llevaron hasta la espalda del visitante, reclinándole hasta que él hizo un gesto con la mano.

Sonia, con el telecontrol, ajustó la posición del asiento de él y luego presionó otro botón, para ella. Entre ambos, gracias a la magia de la electrónica telecontrolada, brotó del suelo un juego de brazos metálicos, a modo de varillas telescópicas extensibles, por las que subieron algunas piezas de vajilla de acero transparentes, sujetas por una delicada anilla.

— Están bien instalados aquí —comentó Kerry, tomando un vasito y acercándolo al «surtidor» central, del que salió un chorro anaranjado que cayó en el vaso.

Sonia también se sirvió de lo mismo, presionando hábilmente los múltiples botones del telecontrol y luego cruzó sus esbeltas piernas.

— Sí. Mi padre es muy rico.

— ¿Y cómo es que, siendo un hombre de ciencia, no está registrado en nuestra Universidad?

— Es extranjero, como yo. Hace seis años que vinimos de Moskowa… Nuestra posición social la debemos a la ayuda que nos presta el Jefe.

— ¡Ah! ¿Y cómo es que se han venido aquí?

— Es una historia larga y triste. Mi padre es viejo. Allí, a cierta edad, los hombres deben ser retirados y reemplazados por jóvenes.

— Sí, lo sé. Pero, teniendo una hija tan joven como tú, no puede ser muy viejo.

— Soy hija adoptiva. Mi padre no está casado. Me sacó, siendo yo niña, del Asilo Infantil. Él podía educarme y le concedieron ese favor por sus méritos. Al retirarse, nos venimos a Nueva Amérika, porque no podía vivir sin hacer nada. Quería investigar, ensayar nuevas fórmulas, vivir, en definitiva, como había vivido siempre. El Jefe es amigo nuestro y le apoyó, facilitándole aquí lo que allí no podía concederle de ley.

— Comprendo. Pero aquí no le pondríamos impedimento alguno para que entrase a formar parte de nuestra Universidad.

— No ha querido. Él no busca honores ni gloria, y mucho menos, riqueza. Tenemos todo lo que nos hace falta, vivimos bien, con holgura. Y hasta tiene su laboratorio. ¿Qué puede desear más a su

edad?

— Sí, comprendo. ¿Y qué clase de descubrimiento ha hecho para recurrir ahora a mí, si nunca ha deseado tener relación con nuestra Universidad?

— Él os lo expondrá con todo detalle, señor. Yo sólo puedo anticiparos que se trata de algo sumamente maravilloso... ¡Un descubrimiento revolucionario, a base del trasplante de neuronas de un cerebro muerto a otro vivo!

— ¿Cómo? —exclamó Kerry, con el semblante demudando por la sorpresa.

— Exactamente. Las pruebas iníciales las ha realizado con un mono, al que está dando inteligencia humana. Pero el experimento es mucho más ambicioso... ¡Y podría llegar a conducirnos al trasplante de cerebro, de mucha más duración que el organismo humano! ¿Os dais cuenta de que, con el procedimiento de mi padre, un sabio eminente puede legar sus conocimientos a un ser sin cultura, conservando su ciencia y saber cuando el cuerpo haya dejado de existir?

— Pero... ¡Eso es imposible! —exclamó Kerry, poniéndose en pie.

— Pronto os daréis cuenta de que os digo la verdad. ¡Mi padre ha recogido neuronas de cadáveres y con ellas ha dado inteligencia humana a un simio que tenemos en el laboratorio! ¡Y verá usted que Rik calcula, resuelve problemas aritméticos y efectúa cálculos con logaritmos!

EPTAMÓN II

«— ¡Te odié nada más verte, porque tú venías a interponerte entre ella y yo, Hombre Sacro, Hombre Vanidoso, Examinador, Genocida y Altivo!

»Tu porte no podía engañarme. Me miraste a través de las rejas con incrédula curiosidad. En su abominable altivez y soberbia, no podías concebir que un simio pudiera pensar. ¡Eres demasiado antropino, orgulloso de tu casta, para admitir que, ni siquiera por medios científicos, este logro de la ciencia de Él pudiera ser verdad!

»¡Y lo es! ¡Yo soy, pienso, veo, analizo! ¡Y mi cuerpo es velloso, mi hocico abultado, mis ojos pequeños y mi cráneo aplastado!

»¡Pero pienso, aunque revientes tú y tu prosapia mal adquirida! ¿Qué diferencia hay entre los miles de muertos de la batalla Rumika y tú?... ¿«Vos»? ¡Yo te diré la diferencia, perro! Ellos fueron valientes, y se lanzaron a la lucha! ¡A ti, el miedo y la cobardía te paralizaron el corazón y te hicieron esconderte! ¡Por eso resultaste herido, en vez de muerto!

»Y por tu «bravura», el Consejo Supremo de Guerra te concedió honores, altos estipendios, el Escudo Inviolable y te hizo biólogo titular de la Universidad, cuando cualquiera de los que enseñan biología en esas aulas sabe mucho más que tú.

»¡Te odio, Kerry Gordon, porque tú representas al desvergonzado que usurpa derechos que no le corresponden! ¿Y quién te puede negar eso en una sociedad inmunda como ésta, en la que gentes como tú, infames y canallas, gozáis de los privilegios más altos, por una guerra planetaria de conquistas insaciables, mientras que el sumiso y abnegado, el que sufre en talleres y escuelas, apenas si puede subsistir? ¿En qué ha mejorado la humanidad en este siglo que llamáis de los planetas, y en el que habéis bautizado los clásicos meses con los nombres de vuestras guerras y conquistas, comparándola con la de los tiempos de Cristo, hace XXIII siglos?

»¡Yo te odio, porque tú eres la viva representación de lo abyecto, lo miserable, lo vil, lo depravado, lo inmundo! Tú no eres como Él, que se ganó sus conocimientos uno a uno, ante los libros, usando viejas gafas con cristales de aumento, para contrarrestar el cansancio de sus ojos, leyendo capítulos y escuchando «eptamones» grabados en cadmio, para aumentar los conocimientos que le han llevado a realizar cosas asombrosas, como la de convertir a un simio, antropomorfo, de

brazos largos y piernas arqueadas, en un ser pensante, con rudimentario cerebro de hombre, extraído de gentes que ya no existen. Tú no eres más que un odioso animal alto y bien parecido, que has puesto tus ojos en la hermosa figura de esa mujer buena y cariñosa, la primera diosa que he visto en mi vida racional.

»Sonia me ha puesto el alimento en la boca con su mano delicada, me ha hecho caricias, creyendo que yo no podía comprenderla. Yo la he escuchado durante horas enteras, esforzándose por hacerme comprender cosas que mis dispares neuronas no podían asimilar del todo, porque estoy hecho de vestigios de cerebros conservados en formol y radiactivos con isótopos de hidrógeno.

»¡Y tú la has besado en mi presencia, abusando de tu disparatado e inmerecido rango!

»¡La has tenido en tus sucias manos, en mi presencia, pretendiendo poseerla, abusando del temor y el respeto que te profesaba Él por el encargo que ocupas!

»¡Eres un canalla, Kerry Gordon! ¡Un gusano vil, al que tengo que matar aunque sea lo único que haga en este depravado mundo vuestro, de mentiras, de infamias y locuras! ¡Te mataré o mataré a ese bebé que no deja de berrear!

»¿Por qué no vienes por mí? ¡Sé que se lo habrás prometido a Sonia! «Yo buscaré a Rik y lo traeré a su jaula, querida», habrás sido capaz de decir, para correr al Consejo Superior de Guerra, donde tienes el indiscutible privilegio de movilizar a la fuerza pública o al Ejército «neoamerikano» para atacarme y destruirme, diciendo luego a ella que un accidente acabó con mi disparatada vida. ¡Sí, eres capaz, como yo lo soy de hundir mis dedos en el cuello inocente de ese niño desamparado y arrancar una vida, en nombre tuyo!

»Pero no lo haré… Sé que, fuera de este alto edificio acordonado por la fuerza pública, hay una madre que llora… ¡Por ella, porque en sus sentimientos maternos ha de ser igual que Sonia, no lo haré!

»Pero me protegeré con su inocente vida, para que vuestros rayos de muerte no puedan alcanzarme… ¡No soy indestructible, como dicen las viejas histéricas y asustadas! ¡Soy un hombre! ¡Pienso!

»¿Por qué no vienes, Kerry Gordon? ¡Estoy aquí, en el piso alto de tu suntuosa vivienda, en pleno corazón de Brako! ¡He encontrado vacía tu morada y me he refugiado aquí, donde llora este niño, mientras las gentes huyen del monstruo engendrado por el profesor Simovich!

»¡Te estoy esperando, Kerry Gordon! ¡Tienes que venir a demostrarme que vales más que yo o que cualquier otro! ¡Has de hacerlo, venciéndome en lucha abierta, y sin ventaja para nadie, porque, aunque más pequeño que tú, soy un ser nuevo, que nací entre las ramas de un árbol, en la fronda del Parque Nacional de Burma!

»¡Soy un hombre pensante, y tengo derecho a demostrar a Sonia que valgo más que tú!

»¡Ven a buscarme! Tienes medios para escuchar mi voz. Los amplificadores de la fuerza pública están recogiendo mi voz y el llanto de ese ser pequeñito que llora en su cuna de espuma... ¡Haz algo por él, torturador de «rumikos», criminal, cobarde y traidor! ¡Haz aleo por este minúsculo representante de tu humanidad!

»¡Ven a rescatarlo de entre las garras del «monstruo», como me habéis llamado! ¡«Vos»...! ¡Puaf, asco me da el retarte! ¡Pero, si vienes, me lanzaré sobre ti y hundiré mis uñas en tu cuello, para desgarrártelo, por lo que has hecho con ella!

»¡Pobre Sonia de mi vida...!

II

Un ascensor electromagnético dejó a Kerry y Sonia ante un enrevesado laboratorio científico, en el que se alineaban complicadas máquinas de experimentación. Al frente se abría un gran ventanal, semicircular, siempre orientado al sol, dado que la mansión giraba sobre sus cimientos.

A derecha e izquierda se veían anaqueles, repletos de frascos y probetas de todas clases. También vio Kerry la sección de animales cobayos, y la jaula en la que había un mono agarrado a los barrotes, mirándole con fijeza.

El profesor Igor Simovich dejó su trabajo, ante una máquina electrónica que había en el ángulo izquierdo, para acercarse a sus visitantes con una sonrisa humilde en sus labios.

Era un hombre de unos ochenta años o más, ligeramente encorvado, rostro sonrosado, que llevaba unas antiguas gafas de montura metálica sobre la nariz. Su bigote, blanco, como el cabello revuelto, le caía lacio sobre el labio superior.

Vestía una bata holgada, con varios bolsillos, de los que asomaban lápices eléctricos, un fonorreproductor de bolsillo, bojas de plástico blanco, para anotaciones y otros objetos insólitos. Era un hombre que encajaba en aquel revuelto lugar, en el que la nota dominante era el desorden y la confusión.

— ¡Cuánto me alegro de que haya venido! — dijo Igor Simovich, omitiendo el tratamiento de «Vos» que correspondía a Kerry por su título.

Éste no hizo caso de ello y contestó:

— Le dije que vendría... Sentí curiosidad por conocer su experimento.

— Venga. Estaba...

— ¡Por favor, papá! —intervino Sonia prestamente—. Su señoría tiene tratamiento de «vos».

— ¡Oh, perdone, os lo ruego! —se disculpó Simovich—. No estoy acostumbrado.

— Su condición de extranjero le exime de ese acatamiento, profesor Simovich —repuso Kerry en tono condescendiente—. No se preocupe.

— Gracias... Soy muy distraído. Vivo absorto en mi trabajo y no recibo visitas. Sonia me proporciona todo lo que me hace falta. Ella

me administra. ¡Además de preciosa, es una excelente ama de casa! ¿Está usted casado, señor Gordon?

— No.

— ¡Ah, sí se casa alguna vez, elija a una mujer como Sonia! ¡Es inapreciable!

— ¡Por favor, papá! —le amonestó la joven, ruborizándose—. El señor Bordon no ha venido a escuchar tonterías.

— Me ha dicho su hija que ha logrado usted trasplantar neuronas muertas a un cerebro vivo.

— Sí… Vea usted mi atomotrasplantador… Es esto. Está basado en el principio de Ugonief, como teleportador de energía. Yo lo he modificado. — Igor Simovich se había detenido ante la máquina que tanto llamara la atención a Kerry al entrar.

Pudo ver un tablero con oscilómetros, comprobadores, pulsadores y ojos magnéticos que fluctuaban a distintas intensidades de corriente. También distinguió un curioso asiento, provisto de abrazaderas de metal, y un casco partido en dos, de cuyo interior surgían pinzas catódicas y dos especies de solenoides metálicos, a modo de auriculares.

— ¿Para qué es esto?

— Aquí sentamos a Rik —contestó Simovich, volviéndose luego hacia Sonia—. Hija, trae a Rik…

— Sí, padre.

— Mi hija y Rik son muy amigos. Él es capaz de hacerlo todo por ella. Su indómita rebeldía se amansa cuando Sonia le pide que haga algo. En cambio, conmigo no procede así.

Kerry siguió a Sonia con la mirada, viéndola acercarse a la jaula donde estaba el mono siamés, un curioso ejemplar de pequeño chimpancé de brazos largos y patas arqueadas, muy negro, rabo largo y ojos minúsculos. Sus labios eran oscuros y sus orejas, como su cara y su cuerpo aparecían cubiertos de vello negro.

Sin embargo, se trataba de un mono limpio, de piel lustrosa, cuyas simiescas facciones parecieron distenderse cuando Sonia le abrió la puerta de la jaula.

— Vamos, Rik. Sal de ahí — dijo la joven.

El simio tomó la mano que ella le tendía y salió de su encierro, saltando alegremente al suelo y caminando luego los dos hombres.

— Déjalo, Sonia. Deseo mostrar al señor Gordon la inteligencia de Rik — dijo Igor Simovich.

Sonia soltó la mano del animal, que quedó en el suelo, moviendo ligeramente la cabeza.

— ¿Ha trasplantado usted neuronas humanas a este animalito, profesor? —preguntó Kerry.

— Sí. Y le he dado inteligencia. Ahora verá… Vamos, Rik; sube a

la silla.

Rik, en vez de obedecer, retrocedió y chilló.

— ¿Qué te pasa, Rik? —preguntó Sonia.

¡Y el animal extendió el brazo derecho, señalando a Kerry, mientras chillaba disgustado!

— No seas tonto, Rik. Este señor es un hombre de ciencia, que ha venido a comprobar los experimentos de mi padre — explicó Sonia, como si estuviese hablando con un ser racional—. Anda, sube y no seas desobediente.

El simio movió la cabeza, como un péndulo, y luego avanzó hacia la máquina atomotrasplantadora, encaramándose en la silla con agilidad para sentarse.

— No os conoce y se muestra tímido — dijo Sonia, dirigiéndose a Kerry.

— Deduzco que posee un arraigado instinto. Parece comprender las palabras, aunque, naturalmente, debe de ser fruto de sus reflejos condicionados. Es un animal que imita todo lo que ve.

— ¡Se equivoca, señor Gordon! — exclamó Igor Simovich altivamente —. Rik no actúa por reflejos condicionados. Os lo demostraré. Sólo tengo que estimular sus reflejos mediante corrientes e isótopos de hidrógeno... ¡Vais a presenciar algo increíble! ¡Rik resuelve complicados problemas aritméticos, juega al ajedrez conmigo! ¡Y Rik se expresa por escrito!

— ¡No! — exclamó Kerry, asombrado.

Sonia abrió un cajón y sacó unas hojas blancas de plástico, en las que había garabatos, palabras confusas, como «yo», «Rik», «mono», «sí», «no», y algunas más, de dudoso significado y con pésima ortografía, escritas sobre el plástico con lápiz eléctrico indeleble.

— Vea lo que ha hecho Rik — dijo Sonia.

— Es como la escritura de un niño.

— Es un niño, en realidad. Rik fue cazado en el Parque Nacional de Burma, y es un clásico animal de experiencias —continuó diciendo Sonia, mientras su padre sujetaba al mano con las abrazaderas de la silla metálica, y luego procedía a colocarle los solenoides en la cabeza, así como a situar los electrodos y las pinzas catódicas—. Nos lo trajeron hace ocho meses y desde entonces venimos experimentando con él. Al principio, era un animal incontrolable, al que no podíamos dejar suelto ni un instante, porque se subía a los anaqueles y lo destrozaba todo.

»Pero ahora no puede ser más dócil. No os podéis hacer una idea de lo mucho que ha cambiado desde que está sometido a tratamiento. Y ha aprendido mucho.

— ¿Es preciso colocarle todo eso para que «piense» y «razone»? —preguntó Kerry, señalando el casco.

— Por ahora, hay que estimular sus reflejos. Ya le he dicho que es un mono rebelde —contestó Simovich—. Pero, después de trasplantarle neuronas naturales durante unos minutos, se estimulan sus impulsos mentales y realiza lo que le decimos... Ya verá... Ya verá.

— ¡Me parece increíble! —exclamó Kerry, mirando las hojas de plástico que Sonia conservaba en la mano—. ¿No será que tú has hecho eso y él te ha imitado?

— No — contestó la muchacha —. Aguardad.

Igor Simovich terminó de ajustar el aparato a la cabeza del animalito, tranquilizándole con una palmadita en el hombro, para luego acercarse a la mesa de control y accionar varios conmutadores. Pulsó también un botón verde y maniobró un conmutador giratorio, mirando uno de los relojes, para luego regresar y situarse delante de Rik.

Kerry estaba observando un ligero temblor en todo el cuerpo del simio. Le vio como si quisiera mover la cabeza, imposibilitado por el casco y las abrazaderas. Su boca se contrajo y se agrandaron sus ojos.

— No te pongas nervioso, Rik —habló Simovich—. Te estoy trasplantando neuronas de un hombre de ciencia, muerto la semana pasada en el hospital de Brako.

— ¿Cómo consigue usted las neuronas? —preguntó Kerry.

— Tengo amigos en el hospital —contestó Sonia, en vez de su padre—. El doctor Kuawi me aprecia mucho. Estuvo en Moskowa y conoce la reputación que goza mi padre allí. Él me resuelve todos los problemas que tengo.

— ¿Y tiene noticias de estas experiencias?

— Sí. Él nos aconsejó que nos dirigiéramos a vos. Dice que sois un biólogo joven y emprendedor, de gran porvenir y con grandes influencias en el Consejo Superior de Guerra.

— No conozco al doctor Kuawi, desde luego — respondió Kerry —. Pero me interesa esta experiencia. ¿Qué piensa hacer ahora, profesor Simovich?

El anciano hombre de ciencia estaba ahora abriendo una abrazadera de la silla, para dejar libre la mano derecha del simio, en la que colocó su lápiz eléctrico.

— Anda, Rik... Demuestra al señor Gordon lo que eres capaz de hacer.

— Me daría por satisfecho si me resolviera una operación matemática —dijo Kerry, escéptico.

Después de colocar una hoja blanca de plástico sobre un tablero de ajedrez que había detrás de una máquina, Simovich dijo a Rik:

— Escribe, Rik... Seis, nueve, ocho, cinco, siete, tres, cero y ocho.

¡Y, con asombro, Kerry vio al mono escribir los números que el

profesor le estaba dictando!

Y no eran guarismos de trazo inseguro, infantil, sino números perfectos, ordenados, todos de igual tamaño.

— ¿Por qué número deseáis que os multiplique? — preguntó Sonia.

— Por… Cincuenta y tres, por ejemplo.

— Multiplica por cinco y tres, Rik —ordenó Simovich.

El simio miró con sus pequeños ojos a Kerry y frunció la boca, en una especie de mueca que nada significó para el hombre. Luego, bajo la serie de números escritos anteriormente, anotó: 3692437324.

— ¿Qué ha escrito? —preguntó Kerry.

— ¡El resultado de la operación!

— ¡Imposible!

* * *

Sí, era increíble, pero cierto. Durante más de dos horas, ya ajeno al tiempo, Kerry Gordon sometió a Rik a una interminable serie de pruebas aritméticas, que fueron desde una simple suma de varios sumandos, hasta operaciones algebraicas, trigonométricas, de integrales y de logaritmos.

¡Y Rik siempre resolvía la operación de un modo rápido y seguro, a veces dudando un poco, y hasta equivocándose, para luego repasar su cálculo y rectificar el error!

¡También escribió palabras!

— ¡Éstas son nuevas, papá! —había gritado Sonia, al verlas.

— Deben de corresponder a la nueva dosis de inteligencia que le he aplicado hoy.

Rik escribió un fragmento de verso, que decía: «De la áspera retama al ocelo integral — en un mundo de progresiones — veo la luz dimensional — y el recio vibrar de las pasiones».

— ¿Qué es esto? —preguntó Kerry.

— No lo sé… Pero es posible que las neuronas que le he trasplantado contuvieran esos conocimientos. Quizá los fragmentos de cerebro que el doctor Kuawi nos envía pertenecieron a un poeta en ciernes.

— ¿Ha investigado usted ese aspecto del experimento? Quiero decir, si posee datos de los cerebros que han intervenido en este prodigio.

— No, habéis de comprender que apenas tenemos medios para realizar lo que hemos conseguido. Sería preciso analizar más —habló Sonia—. Para comprobar lo que vos sugerís, sería preciso traer más monos y trasplantarles el cerebro íntegro de un difunto. Entonces sabríamos si se resucita la personalidad intelectual del fallecido.

— Nosotros sólo hemos experimentado con Rik y con hormonas de muchos cadáveres —añadió Simovich—. ¿Queréis ver cómo Rik juega al ajedrez?

— No, ahora no. Debo regresar inmediatamente a la Universidad. He de hablar de esto con mis colegas.

— ¡No, eso no! —exclamó Simovich, asustado.

— ¿Cómo que no? ¿No me ha llamado usted para que le ayude a divulgar su asombrosa tesis?

— ¡No, por Dios; nada de eso! Os he llamado para mostraros lo que he hecho. Yo no busco gloria... Sólo deseo ayuda técnica para continuar mis experimentos... ¡Estoy dispuesto a cederos la fama que esto pueda reportar! Ocurre que he abusado tanto de mi protector, el jefe de Nueva Europa, que me han negado más apoyo económico. Dicen los secretarios que, si tan importante es el trabajo que estoy realizando, les envíe una memoria y que la estudiarán.

— Sí, Tenemos esos comunicados en el despacho — declaró Sonia con enojo—. Y nos dicen que, si lo estima conveniente, mi padre puede regresar a Moskowa y mostrar sus experiencias a los biólogos jóvenes. Para que ellos continúen su labor. Creen que mi padre debe retirarse.

— Yo sólo pido que me dejen trabajar hasta el fin de mis días. No soportaría el apartarme de todo esto. ¿Comprendéis, señor?

— Sí, comprendo. Pero esto es demasiado importante para silenciarlo.

— Hay que trabajar mucho aún... ¡Mucho, señor Gordon!

EPTAMÓN Ill

— No sé lo que Él pondría en mi atrofiado cerebro... No sé quién soy, si principio o fin de una raza, si generación o degeneración. Sólo sé que soy, ¡y qué odio!

»Deseo matar, porque en mi cerebro bullen ideas homicidas... No soy un ser humano, sino un engendro, el fruto de un laboratorio, donde han conseguido despertar en mí la inteligencia... ¡Una inteligencia que me tortura!

»Yo no pensaba, ni sentía cuando estaba en mi selva natural. Comía cuando tenía hambre y chillaba para ver volar a los pájaros. Me parece recordar que era así.

»Pero también recuerdo una gran nave, en la que había miles de hombres alineados, de pie ante una cinta sin fin, sobre la que pasaban piezas metálicas que yo tomaba y apretaba un tomillo, añadiendo luego un condensador... Siempre deseé saber lo que saldría de aquella fila y en qué se convertiría, al fin, la pieza metálica a la que apretaba el tornillo y añadía el condensador.

»¡Parte de mí era como un esclavo! Otra parte recuerda una sala reducida, con ventiladores invisibles en el techo. Y yo estaba siempre preguntándome cómo salía el aire del techo, si no había agujeros.

»¡Y hacía cálculos mentales! ¡Sí, recuerdo bien! Yo era un anciano, llamado Kreel, un matemático... ¡Y veo fórmulas en mi mente, y guarismos! ¡Yo no soy Rik, sino Kreel!

»¡Pero también soy el obrero Smith, y el reportero H. B. Joop, que se mató en su heliplano de informaciones... ¡Yo iba a la isla flotante de Serfamusing-City, a ver a una mujer famosa... Lanía... ¡Sí, Lanía, la actriz de la 3-D Espacial!

»¡Soy H. B, Joop, y mi palabra la escuchan en Nueva Ámérika seiscientos millones de seres!

»Además soy un niño en edad escolar... ¡Aquella máquina me aplastó las piernas! ¡Qué horror! ¡Aún la veo caer sobre mí, enorme, y oigo el grito de la gente que no puede hacer nada por salvarme! ¡Me desmayo..,! ¡Y me despierto en el hospital, rodeado de médicos! ¿Cómo se llama el hombre que he vuelto a ver en el laboratorio de Él?

»¡Ah, sí, Kuawi, y es rubio! Me miraba con tristeza y me traía bombones, hablándome del cielo y de los ángeles, con una dulzura que no he encontrado ni siquiera en mis padres... Conozco a mi padre, se llama Arthur, y trabaja en un restaurante automático. Está

encargado de colocar los platos en las lanzaderas electrónicas. Cuando él viene de su trabajo, yo ya estoy en la cama. Me mira como si me odiase…

»Y también soy Anne Coccoran… ¡Soy una homicida, porque maté a mi marido, hundiéndole una aguja de fundir vidrio en el pecho, mientras dormía! Me juzgaron y me declararon irresponsable mental. Por eso me encerraron con aquellas mujeres que gritaban y se arrancaban los cabellos, hasta que, a fuerza de no comer, se me cerraron los ojos y tuvieron que llevarme al hospital!

»¡Estoy muerta! ¡Todos los seres cuya memoria recuerdo y conservo están muertos!

»¡Yo soy Rik, el simio, con la mente de seres humanos! ¡Soy un engendro y me di cuenta del tremendo error que Él había cometido conmigo! ¡Por eso lo he matado! ¡No debe hacer monstruos como yo, que tengo inteligencia fraccionada,, que lucho contra mí mismo, por lo que soy, y porque no tengo razón de ser!

»¡Pero más odio a Kerry Gordon, porque él ama a Sonia y yo también! Pero le odio porque él puede tenerla y yo no… ¡Ella me dijo que había salido con él! ¡Que fueron juntos a un palacio flotante, donde se daba una fiesta para dignatarios y generales!

»Le odio a muerte, porque ella vino encantada de aquella fiesta de altísima categoría!

»— ¡Hasta fresas de Calixto nos han dado! —me dijo.

»¡Les odio a todos!

III

Kerry dejó a un lado el abultado cuaderno de notas y se levantó del sillón reclinable. Por medio del telecontrol apagó el foco de luz y alzó del suelo una mesa en la que había un fonovisor cromático, de gran sensibilidad; a continuación presionó un botón.

Habló con voz cansada:

— Central, póngame con el 3-A-6-H123, «Colina».

La pantalla se iluminó con un arco iris oscilante, para, a los pocos segundos, aparecer en ella el rostro agraciado de Sonia Simovich, cuyos ojos azul oscuro miraron a Kerry, brillantes de alegría.

— ¿Sois vos?

— Sí. Pero escucha, Sonia. Deja mi tratamiento a un lado y háblame como yo te hablo a ti. Escucha: ¿Qué estabas haciendo?

— Preparando la cena a papá, en la cocina. ¿Por qué?

— He estado tres días y dos noches leyendo la memoria de tu padre y la encuentro superinteresante... ¡Fantástica! Si presento esto en la Universidad, armamos el revuelo.

— ¡Por Dios, no lo hagas, Kerry!

— No lo haré. Pero no podremos silenciarlo mucho tiempo. Me voy a dedicar a la cuestión de hacer hablar a Rik... ¡Rik, el mono parlante! Parece la propaganda de un antiguo número circense. Cuando mis colegas vean a un simio escribir y recitar poesías, a buen seguro que les da un desmayo.

— Las cuerdas vocales de Rik no son iguales que las nuestras.

— Lo sé. No están hechas para la palabra. Pero su cerebro sí, y él aprenderá a modular, porque tengo un procedimiento que dará resultado... Quiero empezar mañana mismo. A la vez, pediremos al Parque Nacional de Burma una docena de simios de distintas clases, para tratarlos con cerebros individuales.

»Tengo el convencimiento, después de lo que he leído, de que tu padre ha cometido un grave error al trasplantar neuronas naturales de distintos cerebros al primitivo cerebro de Rik.

— Pero ¡si se comporta de un modo racional! Incluso come sentado, utilizando cuchara y tenedor.

— Eso es instinto reflejo. Pero sus conocimientos han de ser forzosamente deficientes. ¿Y tú padre?

— Está arriba, enseñando a Rik algunos juegos de naipes.

Kerry sonrió, consultando a la vez su reloj electrónico, que llevaba en un brazalete de oro a la muñeca.

— Escucha, Sonia. Tengo que ir esta noche a una fiesta que se celebra en honor de Ken Febre, el presidente del Consejo Superior de Guerra. Tendrá lugar en el Palacio Oriental del Gran Lago. Asistirán todos los Hombres Sacros, y los del Escudo Inviolable. Somos unos diez mil, y creo que será algo fantástico. ¿Te gustaría venir conmigo?

Sonia, en la pantalla, abrió la boca, muda de asombro, y no fue capaz de articular palabra.

Él tuvo que insistir.

— Yo estoy solo, no tengo familia y podía invitar a alguna de mis compañeras de la Universidad. Hay algunas tituladas que aceptarían con gusto... Pero no quiero pedirles que me acompañen.

— Y ¿por qué a mí? —pudo, al fin, preguntar Sonia.

— Pues... No lo sé... Quizá sea porque tú me gustas mucho más que todas las mujeres juntas que conozco.

— ¡Oh! — exclamó Sonia, presionando el botón que cortaba la comunicación y dejando a Kerry con la pantalla iluminada y una gran decepción.

Contrariado, pensó en llamar de nuevo a Sonia y decirle que jamás le había cortado nadie una comunicación, desde que era Hombre Sacro. Pero no lo hizo. Se dijo que no tenía derecho a torcer la inclinación de nadie. Ella era una muchacha deliciosa, única, pero esto no significaba que hubiese de acatar la voluntad de él.

Entristecido, abandonó la sala para dirigirse al cuarto de baño, donde empezó a desnudarse, mientras el suelo se descorría y aparecía una límpida piscina individual, de agua templada.

En un anaquel tenía más de cincuenta frascos de sales aromáticas distintas. Eligió una al azar y se impregnó con ella la cabeza, una vez dentro del agua, para frotarse con una esponja rosada, de corteza de «siik», el árbol esponjoso de Marte, una rara especie a extinguir.

Frotarse el cuerpo con la esponja de «siik» era como si la mano de un niño acariciase la piel.

Mientras estaba en el baño, Kerry escuchó el zumbido del telecontrol individual. Sólo tuvo que alargar la mano y presionar un botoncito, para que en la sala se produjese un cambio, desapareciendo bajo el suelo el fonovisor cromático y su mesa, ¡y apareciera el fonovisor a dos palmos del borde de la piscina!

En la pantalla surgió, merced a la electrónica, el rostro preocupado de Igor Simovich, quien dijo:

— Perdone que le moleste, señor Gordon... Sonia acaba de subir al laboratorio, muy excitada. ¿Qué ha ocurrido entre usted y ella?

Kerry sonrió.

— Nada de importancia. La he invitado a una fiesta que se celebra esta noche en el Palacio Oriental del Gran Lago, para personas de alto rango, y parece ser que no he sabido hacerlo bien.

— ¡Dice que usted le ha dicho una inconveniencia!

— ¿Yo? Le he dicho, simplemente, que me gusta.

— ¿Y es cierto eso? —preguntó Simovich, muy serio.

— Sí.

— Escuchadme, señor: vos sois un Hombre Sacro, un Inviolable —el científico neoeuropeo habló en tono muy grave —, y Sonia es una insignificante muchacha que jamás se ha movido de mi lado. Ella no sabe del amor y su corazón es puro.

»Si habéis pensado que podéis divertiros con ella y luego olvidarla, os habéis equivocado. Sonia es ingenua, pero sensata. Yo creí que estaba enamorada del docto Kuawi, que también es soltero. Pero me ha dicho que sólo es un amigo.

«Decidme la verdad, señoría. ¿Es honesta vuestra intención hacia Sonia, o se trata de un capricho que podría dañar su corazón? De vuestra respuesta depende mucho. Yo no aceptaría la colaboración y la ayuda de quien hubiese venido a mí con intención de abusar de Sonia.

— Líbrese usted de esa inquietud, profesor Simovich. Le confieso sinceramente que me gusta Sonia hasta el extremo de haber estado leyendo el trabajo de usted y viéndola a ella en todas las páginas. No sé si es la mujer que el destino ha puesto en mi sendero como compañera para toda la vida. Eso, más bien depende de ella que de mí. Yo dispongo de cuanto pueda poseer un hombre para hacerla feliz. ¡Y si ella es capaz de ser feliz a mi lado, no tengo inconveniente en pedirla en matrimonio!

«Para eso quería invitarla a la fiesta. Un hombre y una mujer necesitan hablar, intimidar, conocerse mejor. Apenas he hablado con ella tres veces y...

— Gracias, Kerry — musitó Igor Simovich, emocionado—. No es preciso que siga usted. Le he comprendido. Le doy mi palabra de que Sonia irá a esa fiesta con usted. Soy viejo y tengo experiencia de la vida. Sé cuando un hombre dice la verdad.

— ¡Es que yo no quiero violentar la voluntad de Sonia!

— Nada. Déjelo a mi cuidado. ¿A qué hora debe estar preparada?

— No debe usted insistir —suplicó Kerry, agitado.

— ¡Ya lo creo que sí! Yo sé mejor que ella lo que le conviene... Además somos colaboradores en el «Proyecto Rik».

— Sí, pero una cosa no tiene nada que ver con la otra. Yo no he tenido tacto... La verdad es que pensaba ir a verla. Pero esa interesante lectura me ha demorado. ¿Le ha dicho Sonia lo que pienso

hacer?

— Sí. Será una interesante experiencia... Dígame a la hora que debe estar Sonia preparada.

— A las diez. Pero...

— Y ¿qué atuendo se lleva a una fiesta de esa clase?

— Yo mismo se lo llevaré. Estaré ahí a las nueve, con el vestido.

— ¡Yo puedo comprárselo por el sistema de «televentas»!

— ¡Por Dios, profesor! En esos sitios venden en serie... ¡Vamos a una fiesta en la que las joyas que el presidente regala a sus invitados valen cinco mil «cheks» cada una!

— Bueno... Bueno... Yo le pagaré a usted lo que...

— No tiene que pagar nada. Será un regalo que hago yo a la bella hija de mi profesor-asociado. Déjelo a mi cuidado. Adiós, señor Simovich.

Si el vestido que Kerry llevó a Sonia fue algo de ensueño, en el que el tejido de cristal flexible se combinaba con piedras preciosas de alto precio, la fiesta que dio el presidente con motivo de sus bodas de plata como Primer Magistrado de Nueva Amérika, en el maravilloso marco de luz y música del Palacio Oriental, fue algo indescriptible.

La imaginación de cientos de artistas se había desplegado allí para crear un clima propicio a los veinte mil invitados. Fue climatizado el aire sobre los jardines, haciéndolo grato y fresco, pese a que aún estaban en invierno.

En más de sesenta salas y pistas, músicos de renombre actuaban en orquestas invisibles, y delgados «sakris» de Titán, con vestidos rojos que contrastaban con el ébano de su piel, servían a los invitados.

El propio presidente Febre recibió a sus invitados al pie de la escalinata de platino, a la que atracaban las lanchas blancas; a la vez que un secretario iba presentando a los invitados, porque el presidente no podía conocer a las diez mil parejas que llegaban; ellos, con sus capas de armiño y el escudo de oro de los Inviolables, o las insignias de miembros destacados de la sociedad «neoamerikana».

Había banqueros, industriales, inventores, políticos, economistas, generales, éstos muy jóvenes, como eran todos los altos mandos de las Legiones del Cosmos, dado que se dedicaban al estudio de la guerra desde los tres o cuatro años; también se encontraban artistas célebres, como la famosa cantante Lania, acompañada por Reflex, el divo de la voz parnasiana... ¡Y, cómo no, el pleno del Consejo Superior de Guerra, del que Kerry Gordon formaba parte, como experto biólogo y bacteriólogo militar, y héroe de la batalla Rumika!

Por ello, al descender de la lancha, el presidente no tuvo necesidad de que su secretario le presentase a Kerry. Le conocía de sobra. Y le saludó efusivamente con un beso en las mejillas, para luego

volverse y mirar a Sonia.

— Kerry, ¿qué es lo que ven mis ojos? ¿Vos acompañado de una dama?

— Permitidme, señor, que os presente a Sonia Simovich, una amiga que, si quisiera, podría acabar con mi soltería.

Sonia se sonrojó ostensiblemente ante el cumplido, y más cuando el presidente respondió:

— Pues, si vos la queréis, le ordenaré que os despose, Kerry.

— Lo siento, señor. Es extranjera... Pero dejadme a mí esa cuestión. Os felicito por vuestra celebración. No quiero interrumpir la llegada de los invitados.

— ¡Vos sois un invitado de honor, Kerry! ¡Muchísimo gusto, señorita Simovich!... Ya os veré durante la fiesta.

Sonia, muy nerviosa, se alejó del brazo de Kerry, musitando:

— No has debido decir eso al presidente.

— Y no se habría molestado si le llego a palmear en la espalda. Me aprecia mucho... ¿Qué te parece la entrada al palacio?

— ¡Fastuosísima, Kerry! No imaginé que pudiera crearse tanta belleza.

El Palacio Oriental, visto desde el lago, era como una enorme pagoda metálica, iluminada por miles de focos de colores, en el centro de una isla artificial, en la que botánicos expertos habían creado jardines de increíble belleza.

Y todo era de dimensiones enormes que los veinte mil invitados y los dos mil sirvientes «sakris» apenas si se veían entre tanta grandeza.

Por todas partes había mesas, en las que se veían vinos exóticos; frutas importadas de remotos mundos en naves superespaciales, manjares de sabor exquisito, salas de juego, en los que los invitados no invertían nada y podían ganar fortunas, pistas de baile móviles, silenciosos acuaplanos, provistos de cómodos asientos para pasear en torno a las plantas acuáticas del palacio... ¡Música deliciosa en cada sector del gran palacio!

Y un ambiente fastuoso que sólo podía dar el presidente de un país que ocupaba medio mundo, teniendo además posesiones en más de cincuenta planetas y satélites del Sistema Solar.

— Y ¿cuánto tiempo dura esta fiesta? —quiso saber Sonia, deslumbrada por tantísimo lujo.

— El tiempo que los invitados quieran. Lo correcto es permanecer aquí toda la noche. Pero hay personas que continúan la fiesta durante varios días o algunas semanas.

— ¿Sin descansar? —preguntó Sonia, alarmada.

— Hay alojamientos para miles de invitados. Se supone que el presidente agradece el honor que le hacen, asistiendo a su fiesta. Sería

una descortesía despedir a sus amigos si éstos tienen ganas de divertirse.

— Y ¿no atienden sus negocios?

— Aquí no hay nadie que tenga obligaciones ineludibles. Todo puede esperar por las bodas de plata de Ken Febre. Nosotros, naturalmente, nos iremos cuando tú quieras.

* * *

Y Sonia, una vez introducida en la fiesta, resistió tres días con sus correspondientes noches. Sólo se permitió descansar unas horas en una lujosa habitación, siendo atendida por una doncella, quien le dedicó toda clase de atenciones.

Vio parejas descansando entre las frondas de los jardines, y estuvo veinticuatro horas unida a un grupo de Consejeros que, con sus mujeres y amigas, practicaban el divertido juego del «saque-lo-que-quiera»; consistía en una nota e introducida luego en la ranura de una máquina que era capaz de facilitar en pocos momentos las cosas más absurdas que se le pidieran.

Naturalmente, la máquina estaba servida por una legión de empleados que habían previsto lo que los jugadores podían pedir. Lo divertido del juego era que, si la máquina no facilitaba en determinado tiempo lo que se le pedía, el jugador recibía un millón de «cheks», que le eran abonados a su cuenta del «DOB», y que, naturalmente, pagaba Ken Febre.

Los invitados, haciendo su espera reglamentaria, dada la gran concurrencia que aspiraba a cobrar millones, pidiendo cosas insólitas, podían echar su papeleta y esperar el objeto pedido o el resguardo del millón. Y luego volvían a ponerse en cola, para pedir otra cosa rara que se le ocurriera.

Durante el primer día de fiesta, la máquina del «saque-lo-que-quiera» estuvo muy concurrida. Pero luego los Consejeros, todos Inviolables, acapararon el juego y nadie más pudo intervenir. Todos se mostraban obsequiosos con Sonia, a la que dejaban pedir a cada instante, a fin de favorecerla, sugiriéndole, incluso, objetos disparatados... Pero la máquina siempre entregaba lo que se le pedía — que debía ser algo capaz de pasar por la ranura de «entrega» —, por lo que muy pocos afortunados consiguieron el millón.

Al fin, Kerry solucionó la cosa. Buscó al Presidente y le dijo algo al oído. Ken Febre se inclinó a su vez y le habló algo a Kerry.

El joven volvió al salón de juego y buscó a Sonia, que estaba apuntando una nueva papeleta, absorta por completo.

— ¿Qué pides ahora?

— Una hoja de acacia... ¡Estoy segura que no lo tienen!

—No, no pidas eso. Se me ha ocurrido una cosa mejor.

— ¿Qué es?

— Pide una aguja antigua de gramófono.

— Y eso ¿qué es? —inquirió ella, intrigada.

— Tú pídela... Me lo ha dicho el Mago Kolo, el de la Gruta Rosada...

— ¿El que nos dijo anoche que seríamos felices tú y yo?

— Sí.

— Pues voy a pedir esa aguja.

Sonia escribió otra papeleta, la echó por la ranura, con la benevolencia de los Consejeros amigos de Kerry, que la animaban a seguir en su empeño... ¡Y obtuvo el resguardo de un millón de «cheks», con el consiguiente alboroto de todos!

Lo celebraron bailando y bebiendo — ¡y hasta un consejero se ahogó, al caer embriagado al lago!—, pero nadie se percató del hecho y no se supo su muerte hasta bastantes días después de terminada la grandiosa celebración.

Fue, en verdad, una fiesta magnífica, a juicio de Sonia.

¡Y durante ella se prometió con Kerry!

EPTAMÓN IV

— Acabo de asomarme a la ventana de la plataforma que da a la Plaza Octogonal y he visto seis naves en suspensión. En todas las ventanillas hay hombres provistos de armas silenciosas y destructivas. Visten el uniforme de la fuerza pública.

»Ninguno ha hecho intención de dispararme, pero me he ocultado rápidamente. Creo que están deliberando. Debe de estar celebrándose alguna importante reunión respecto a mí... ¡Es posible que Kerry Gordon haya reunido al Consejo Superior de Guerra!

»¡Soy un simio importante! ¿Cuántos cientos de millones de hombres están pendientes de mí en este momento?

»Y reina un intenso silencio en la plaza. Creí ver millares de personas mirando hacia aquí arriba, y no hay nadie... ¡Nadie! Parece como si toda la megápoli de Brako hubiese huido.

»¿Me temen? ¿Por qué? ¿Es que saben que soy capaz de hacer algo que ellos no pueden hacer?

¿Es que en mi cerebro múltiple existe algún poder desconocido capaz de influir sobre los demás? ¡Eso fue lo que quiso decir Kerry Gordon, estoy seguro!

»En mi pequeño cráneo están las neuronas naturales de varias personas muertas... No, no puede ser. Yo no noto nada especial, excepto esa sensación de rebeldía que me induce a matar a todo el que se encuentra a mí alrededor, como hice con Él. Y ¿por qué no mato al niño? ¡Ahora no llora! ¡Ha debido de dormirse!

»Sí, está dormido. ¡Es muy pequeño! ¡Más pequeño que yo! Y tiene la carita sonrosada y los mofletes abultados. Hay un nombre escrito en su ropita... Kiki... Se parece al nombre que me puso Sonia... Rik... ¡Rik y Kiki! ¿Dónde estará su madre? Ese niño ha de comer algo, quizás un biberón... Debe de haber algo por ahí para darle cuando se despierte... ¡Pobrecito! Siento deseos de abrir la puerta y dejarlo en el ascensor, para que lo recojan. Pero eso significaría mi fin. Inmediatamente, las fuerzas del orden público me atacarían. Ahora les contiene ese niño.

»Debo recapacitar... ¿Por qué quería matarlo? ¿Por qué siento ahora deseos de protegerlo? ¿No soy un animal salvaje, con instintos homicidas y capaz de matar?

»¡Odio a Kerry Gordon porque...! ¡Le odio porque me ató a una mesa de operaciones! Con él estaba el doctor Kuawi, que le hablaba

con mucho respeto y consideración. Pero yo sé que Kuawi detesta también a Gordon… ¡Kuawi quiere a Sonia! ¡Todos queremos a Sonia! ¿Qué tiene esa mujer que nos hechiza?

»¡Es muy hermosa, sí! Y el único que la quiere de verdad soy yo. ¿De qué otra forma podría quererla? ¿Soy acaso como ella?

«¡Siento deseos de abrir la ventana y arrojarme a la plaza, así terminaría esta angustiosa incertidumbre!

»¿A qué esperan? ¿Qué se proponen? ¿Por qué no se lanza sobre mí toda la fuerza pública? ¿Debo resistir? ¿Me aniquilarán? ¿Preferirán anestesiarme y conservarme para estudio?

«Muerto Él, ¿quién ha de continuar su trabajo? ¿Kerry Gordon? ¡No, él no! Soy un peligro. Se ha demostrado claramente,

«Pero Kerry quería hacerme hablar. Necesitaba que yo contestase a sus preguntas y por eso me operó, allí mismo, en el laboratorio. Trajo consigo máquinas e instrumental para operar mi garganta.

»— Hay que ablandar sus cuerdas vocales. Tengo un esquema de lo que pienso hacer.

»—¿Y si se nos muere? —preguntó Sonia, preocupada.

«Y yo le dirigí una mirada de agradecimiento que ella no supo captar…

IV

Rik se debatió con furia, pretendiendo escapar, pero Sonia y su padre le sujetaron con fuerza. También les ayudó el doctor Kuawi, nacionalizado «neoamerikano», que había venido, a petición de Sonia, para ayudarles en la operación quirúrgica que Kerry deseaba realizar en la garganta de Rik.

Habían preparado una mesa de operaciones especial, con abrazaderas de plástico, muy sólida. Sólo tenían que colocar allí a Rik, sujetarle y anestesiarle.

Pero no era fácil contener al simio, que chillaba como una rata.

Fue preciso, con ayuda de Kerry, inyectarle un anestésico especial, y así pudieron atarle a la mesa.

Sin embargo, estuvo forcejeando hasta que quedó sumido en la inconsciencia.

— ¡Vaya! —exclamó Sonia, cuando el simio se quedó quieto—. Al fin lo hemos logrado… Me da una pena enorme lo que estamos haciendo con él.

— Yo estimo que es una experiencia interesantísima — señaló el doctor Kuawi, quien, a pesar de sentir instintiva antipatía hacia Kerry, no dejaba de halagarle todo cuanto le era posible—. Si pudiéramos escuchar una conversación de Rik.

Kuawi y Kerry habían sido presentados días atrás, después de la gran fiesta en el Palacio Oriental, y el médico del hospital general felicitó a Kerry por su noviazgo con Sonia.

»—Es una chica estupenda… Habéis tenido mucha suerte.

»— Gracias, doctor Kuawi — había contestado Kerry, a la vez que estrechaba la mano del otro.

Luego habían hablado sobre la operación que Kerry pensaba realizar en la laringe de Rik, y a Kuawi le interesó sobremanera el asunto, dispuesto como estaba a halagar a Kerry, a mostrarse obsequioso y complaciente, aunque por dentro sintiera despecho y resentimiento.

Kerry se enteró de que Kuawi era un excelente cirujano. Y por ello habló con él largo y tendido, durante varios días, estableciendo entre los dos un esquema de lo que había de ser la operación.

De aquel modo, Kuawi se las compuso para que fuese Kerry el que operase.

En la mente del cirujano existía la convicción de que Kerry

Gordon era una especie de pelele favorecido por una gran suerte, a la cual debía su privilegiada posición. Y en su fuero interno acariciaba la idea de dejar a Kerry en ridículo delante de Sonia y su padre.

El propio Kerry había confesado, durante el curso de las conversaciones, que era biólogo y bacteriólogo, pero que sus conocimientos en cirugía no eran muchos. En cambio, se había documentado.

Y el otro, astuto, respondió:

»—Es una operación delicada... Rik se nos puede morir asfixiado a causa de una hemorragia.

»—Ya he tenido en cuenta esa posibilidad — replicó Kerry—. Por ese motivo me gustaría que fuese usted quien le operase.

»— ¡Oh, de ningún modo! — se apresuró a contestar Kuawi—. Ese privilegio os corresponde a vos, que sois quien realiza la experiencia.

Si Kerry captó la doble intención del otro, se guardó muy bien de manifestarlo. Continuó discutiendo pormenores, y, al fin, se acordó que la operación se llevaría a cabo en el laboratorio de Igor Simovich, que parecía más interesado que nadie en que Rik pudiera hablar y expresar sus sentimientos.

Había llegado, pues, la hora de la verdad. Kerry Gordon operaría, auxiliado por Kuawi y Sonia.

Cuando el simio estuvo colocado en la mesa, Kerry le abrió la boca, sujetándole los maxilares con pinzas de tensión, hasta un límite de apertura razonable, a fin de no desencajar la mandíbula de Rik.

Luego procedió a examinar las glándulas del animal, ateniéndose al esquema preparatorio establecido.

— Hay que reblandecer aquí y aquí —musitó Kerry, sereno, indicando a Kuawi con la punta del finísimo cauterizador electrónico.

Kuawi no respondió. Tenía la expresión de quien reza para que algo salga mal.

Sonia, por su parte, con la mascarilla antiséptica, como los demás, parecía inquieta, como si comprendiera que Kerry iba a fracasar ante ellos y se iba a poner en ridículo.

Pero Kerry actuó con una serenidad y pericia que desconcertó al veterano Kuawi, habituado a toda clase de operaciones en el hospital, mientras el joven Inviolable apenas si había tomado un bisturí en su vida.

Y en unos instantes, la operación quedó realizada, sin peligrosas hemorragias, y a satisfacción de todos, porque se había modificado la faringe de Rik, de modo que, una vez cicatrizada la herida, pudiera hablar como una persona, ¡si es que esto era posible!

Igor Simovich y Sonia se encargaron luego de llevar a Rik a su jaula, donde le tendieron con sumo cuidado, sobre un lecho de

espuma, y le aplicaron otra inyección sedante, para prolongar su sueño.

Mientras el joven Gordon y el doctor se quitaban las batas y los guantes y se disponían a lavarse.

— ¿Qué le ha parecido la operación, doctor Kuawi?

— Habéis hecho exactamente lo que se convino. Temí que os temblase la mano, pero no ha sido así. Os felicito.

— Gracias. De no haber sido por su ayuda, creo que no lo hubiese hecho.

Kuawi se apresuró a contestar humildemente:

— ¡Bah, mi colaboración ha sido modesta, señoría!

— ¡Te felicito, Kerry! —exclamó Sonia acercándose —. Lo has hecho estupendamente.

— Por ti, mi vida —contestó él, aceptando la toalla termostática que ella le tendía—. Mi mayor ilusión es complacerte a ti.

— ¿Crees que Rik será capaz de hablar?

— Sí, creo que sí. Aunque tal vez no hable como nosotros. Será preciso tener mucha paciencia con él y enseñarle a pronunciar las palabras. ¿Te cuidarás tú de eso?

— Sí.

— Bien. Por hoy, hemos terminado. Me quedaré aquí hasta que se despierte Rik. No conviene que sienta dolor y se excite. Si se pusiera a chillar, será preciso tranquilizarle con un sedante o podría estropearse algo de lo que hemos hecho.

— Sí. ¿Quieres quedarte a comer también, Jo?

— preguntó Sonia a Kuawi.

— No, gracias. No puedo, Sonia. He de estar a las dos en el hospital. Ya llamaré esta noche a ver cómo ha ido todo.

Jo Kuawi se despidió de todos y desapareció tras la puerta oscilante del ascensor magnético.

Igor Simovich estaba contemplando al dormido Rik, con indefinida expresión y musitando algo que los jóvenes no pudieron oír.

— ¿Quieres que bajemos al salón, Kerry?

— preguntó la muchacha a su novio—. Te prepararé un cordial.

— Sí, gracias... Avísenos si ocurre algo, profesor.

— Sí, sí... Desde luego —respondió Simovich, como ausente,

* * *

— Escúchame bien, Rik... Sé que me comprendes. Tienes que hacer un esfuerzo... Mira la pizarra... «Eme» y «a» se pronuncia «ma»... Esto es una eme... ¡Atiende, Rik, por Dios!

En su jaula, Rik gruñía, sin hacer caso a las palabras de Kerry.

Sonia también estaba allí, preparando una taza de infusión para su prometido.

— Sospecho que Rik no quiere hablar, Kerry —dijo la muchacha.

— Me entiende. Sabe lo que le digo… ¡Y debe hacerlo! —replicó Kerry, exasperado.

En aquel instante apareció el profesor Simovich en la puerta del ascensor. Le acompañaba un hombre de cabeza afeitada, pómulos altos y ojos brillantes. Tenía la apariencia de un loco y vestía un «harpo» bastante sucio.

Kerry y Sonia se volvieron a mirarlos.

— Hola, hijos — saludó el profesor Simovich—. Éste es Sergei Gorief, el psiquiatra.

Rik chilló en su jaula, a la vez que empezaba a dar pequeños saltos, como si estuviese disgustado y nervioso.

Por su parte, Kerry abandonó su puesto ante la jaula del mono y salió al encuentro de los dos hombres, para tender en seguida su mano al desconocido.

— Me alegro de verle, Gorief. Soy Kerry Gordon.

— Para mí es un placer conoceros, señor.

— ¿Ya sabe lo que hacemos aquí?

— Sí — asintió Gorief —, me lo ha contado el profesor Simovich. Y todavía me resisto a creerlo… ¡Es lo más fantástico que he visto nunca! Pero debo reconocer la veracidad de lo dicho por el profesor Simovich, y más viendo que os halláis vos metido en esto… ¿Es ése el mono?

— ¿Cree usted poder hipnotizarle? —preguntó Sonia.

Gorief no respondió. Se acercó a la jaula y miró a Rik a través de los barrotes, con sus brillantes y penetrantes ojos de orate.

— Sergei es un refugiado clandestino —explicó Igor Simovich—. Si le descubren las autoridades, será deportado a Nueva Europa. ¿Puedes arreglar su situación, Kerry?

— Supongo que sí. Hablaré con el Comando de Emigración.

— Gracias, señoría —dijo Sergei, volviéndose—. Sois muy gentil conmigo… No creáis que huí de Nueva Europa como un criminal. Ya sabéis que yo enseñaba Pedagogía a un niño, hijo de un magistrado. Mi pupilo era un rebelde y se resistía al estudio. Fue preciso sugestionarle… Ocurrió que su indocilidad le produjo un «shock» mental. No fue culpa mía, ¡bien lo sabe Dios! Pero el padre del niño quiso culparme, y, a buen seguro que me habrían condenado a los campos de trabajo de Mercurio, de no escapar a tiempo.

— No se preocupe por su situación, Gorief. Ya le he dicho que yo la arreglaré —contestó Kerry—. Lo importante ahora es que vea usted el modo de inducir a Rik a que hable. Hemos pensado que,

haciéndole creer que es un niño, por autosugestión, quizá pudiéramos conseguir algo.

Gorief se frotó la mandíbula, al parecer confuso.

— Yo confío en ustedes —manifestó al cabo de unos segundos de vacilación—. Pero el caso es insólito... No se trata de un ser humano, sino de un simio,

— ¡Rik posee la inteligencia de una persona! — exclamó Sonia.

— Sí, sí... Eso me han dicho. Pero es un mono. Yo puedo hipnotizarle a usted... —Gorief señaló a Sonia—. ¡Y a vos también, señoría! Pero me piden que hipnotice a un mono... Y eso no lo he hecho nunca. Es incuestionable que la psicología de un animal de laboratorio no es la misma que la de un ser humano. Sin embargo...

— En concreto, Gorief, puede usted hacer algo, ¿sí o no? — preguntó Kerry.

— Puedo intentarlo... De lo que no estoy seguro es de conseguirlo.

— ¡Pruebe, Sergei Gorief! — exclamó Simovich—. Si consigue algo, por poco que sea, nos daremos por satisfechos... ¡Ah, y no perderá usted su tiempo! Estamos dispuestos a pagarle bien.

— No hablemos de eso, profesor — replicó Gorief—. No necesito pago alguno. Habrá sido un honor servir a la ciencia.

Sergei Gorief era un farsante. Fingiéndose adivinador, mago, faquir y asceta tibetano, se hacía llamar Gran Hogol, y tenía un antro de brujería en un barrio de Brako, del que obtenía pingües beneficios, dada la superstición y la ignorancia de sus clientes.

Pero en Moskowa, donde Simovich le había conocido, fue pedagogo y psiquiatra, y había huido por culpa de un magistrado, sí, pero que no tenía ningún hijo estudiante. Los líos del Gran Hogol en Nueva Europa eran de otra índole, muy distinto al plan educativo.

La oportunidad de Gorief había surgido casualmente, durante una reunión a la que asistió el doctor Kuawi, que fue quien mencionó el nombre del emigrado clandestino.

»—Yo he sido hipnotizado por el Gran Hogol — había dicho Kuawi.

»— Si hemos de recurrir a la sugestión, es mejor buscar a un hombre de ciencia, un universitario, y no a un charlatán —fue la respuesta de Kerry.

»— Es que no se trata de un hombre cualquiera — había insistido Kuawi—. Es un científico de Moskowa, que tuvo que huir de allí para salvar la vida... ¡Un hombre muy inteligente!

Y el profesor Simovich aceptó la sugerencia de Kuawi, por el solo hecho de que se trataba de un compatriota en desgracia, al que Kerry Gordon podía ayudar oficialmente.

Así fue como se introdujo un granuja en una interesante

experiencia científica. Y cuando entre un grupo de personas de buena fe se mezcla un pillo, pronto han de empezar a suceder cosas curiosas.

Sonia fue la primera víctima. Aquel día le comunicaron del «DOB» que tenía a su disposición un millón de «cheks», que había ganado en el «saque-lo-que-quiera» durante la fiesta en el Palacio Oriental.

El propio director del «DOB» se presentó, en un lujoso heliplano, para saludar a Sonia y hacerle entrega de los documentos. Por este motivo, la muchacha hubo de ausentarse del laboratorio, dejando allí a Kerry, a Sergei y a Igor Simovich.

Media hora después, radiante, Sonia subió al laboratorio.

— ¡Ya tengo el dinero, Kerry! —exclamó, abrazándole—. ¡Un millón de «cheks»!

Kerry sonrió y abrazó a su novia, provocando así un gruñido de Rik, que pasó inadvertido ante la exclamación de sorpresa de Sergei Gorief.

— ¿Un «milly» de «cheks»?... Pero ¿hay alguien que tenga esa cantidad?

— Es un obsequio del Presidente Febre — explicó Sonia —. Kerry me llevó a una fiesta al Palacio Oriental... ¡Pero yo no considero que ese dinero me pertenezca! ¡Tú me diste la solución para ganarlo!

— ¡No, yo no! —Consulté con el Mago de la cueva y...

— No te creo, Kerry. Tú debiste hablar con alguien que sabía bien lo que no tenían allí.

— ¡El Mago! —rió Kerry.

— ¡Déjate de pamplinas! ¡Te lo debió decir el propio Presidente!

— ¡Que no! El Presidente Febre ya te hizo un regalo valioso. Sería tonto regalar los millones así por las buenas,

— Pudo hacerlo por ti, y tú me revelaste el secreto — insistió Sonia—. Por eso creo que el dinero es tuyo, y no mío.

Era una conversación desenfadada, festiva, casi alegre. Pero Sergei Gorief, preparando lo que él había llamado la «trampa para hipnotizar monos», escuchaba muy seriamente. ¡Un millón de «cheks» era una cantidad más que respetabilísima!

Y en su mente retorcida empezó a germinar la idea de no desaprovechar la ocasión que le había deparado el destino:.. ¡Y el doctor Kuawi!

Por los medios que fuesen, Sergei Gorief tenía que ganarse la confianza de aquella gente. Si era preciso, les engañaría a todos. Allí había dinero en abundancia... Y pese a que Kerry Gordon era un Hombre Sacro, Inviolable y de alta influencia, al que era preciso tener en cuenta, Sergei se dijo que debía ser idiota o algo por el estilo. Aprovecharía su influencia y vería el modo de conseguir el dinero de Sonia.

Sergei contaba con su gran experiencia en el engaño y la farsa. No en vano había vivido siempre de la mentira y del fraude. Ocurría, sin embargo, que siempre había tratado con gentes supersticiosas e ignorantes, y ahora debía actuar con personas cultas y científicas P.ero su ingenio era mucho.

Y por eso manifestó:

— Déjense de tonterías y vamos a lo importante. ¿Qué es un millón de «cheks» comparado con la gloria de la experiencia que vamos a realizar aquí? ¡Creo que Rik, una vez pueda hablar como nosotros, valdrá muchísimo más!... Ah, señorita, tendrá usted que gastarse un cuarto de «chek», de su gran fortuna en comprar una pantalla de refracción acústica para la prueba.

Todos rieron ante lo que consideraron como una broma de Sergei.

Pero, de haber conocido sus verdaderas intenciones, no les habría hecho tanta gracia. El granuja sabía restar importancia a las cosas que tenían mucha para él... ¡Sonia sería una excelente esposa para el doctor Kuawi, y Kerry Gordon, una vez hubiese conseguido legalizar la situación de Gorief en el país, desaparecería!

¡El complot poseía extrañas ramificaciones!

EPTAMÓN V

— ¡Qué estúpido eres, hombre! Te crees tan inteligente que un granuja cualquiera puede engañarte. Sólo tiene que halagarte un poco, decirte lo que tú quieres que te diga y ya te tiene a su merced. Puedes ser todo lo codicioso que quieras, todo lo desconfiado y egoísta que tu condición te permita. Pero el astuto truhán te burlará, como aquel farsante se burló de todos...

»¡De todos, menos de mí, naturalmente! Adiviné quién era y lo que buscaba en cuanto penetró en el laboratorio. No podía escapárseme el hecho de que estuvisteis allí por indicación del doctor Kuawi. Me lo dijo Sonia.

»¡Y yo sabía que Kuawi no quería a Kerry Gordon!

»En tomo a mi jaula se estaba tramando ya la conspiración. Al principio, sólo capté ideas aisladas... ¡Yo sí que podía leer el pensamiento, mirando a los ojos de ellos, y no el falso Gran Hogol!

»Y vi la maldad que había en su mente. Dinero es lo que quería. Ese tipo era incapaz de sugestionar a nadie... ¡Y menos a mí, que tengo en mi mente el poder de varios cerebros muertos y resucitados en mí gracias a la ciencia de Él!

»El embaucador empezó a pedir cosas raras... Vibradores, focos de luz infrarroja, un registrador de oscilaciones. Era su plan.

»—No puedo divulgar mi secreto. Por eso, en el montaje, deberán dejarme solo... ¡Y lo peor es que no puedo garantizarles el resultado. Haré una prueba con alguno de ustedes, y se convencerán de que no soy un farsante... He tenido que hacer de Gran Hogol, para vivir. Pero lo que aprendí en la Universidad de Moskowa y lo que la vida me ha enseñado lo pongo a su disposición.

»Esto era lo que decía... ¡Y estaba pensando en el lugar en que Sonia había dejado el talonario de resguardos del «DOB» y en el modo de conseguir la firma de la joven!

«Del cerebro de aquel canalla llegaban hasta mí las impresiones mentales de sus perversas ideas. Yo capté la verdad con sólo verle. No sé lo que debió hablar con el doctor Kuawi, pero sí sé lo que Gorief quería.

»Puedo hacer un resumen de todo y es la verdad. Kuawi desea a Sonia, a quien al principio amaba honestamente, pero no vacilando ahora en ser malvado para conseguirla, debido a la aparición de Kerry Gordon, más apuesto v bien situado que él.

«Kuawi quiere desprestigiar a Kerry. Ya quiso hacerle fracasar y ridiculizarle cuando me operaron la garganta. Todo lo hacía por Sonia. Y él no busca dinero. Lo hace por obcecación, por celos.

»Por eso ha buscado a Gorief. Quiere que éste entre en la experiencia de Él y vea el modo de deshacerse de Kerry Gordon. Según Kuawi, quienquiera que se mezcle con Gorief, quedará desprestigiado, porque sabe muchas cosas de ese truhán que, al ser divulgadas, mancharán a Kerry.

»Kuawi es torpe. Pero está sumamente despechado y cree que debe hacer algo por Sonia e impedir que se case con Kerry... ¡Si fuese preciso, mataría! Pero ha hecho mal recurriendo a Sergei Gorief! ¡Éste tiene sus propios planes!

»¡Esto es lo que yo vi! Y decidí proteger a Sonia. No podía consentir que le hicieran daño... ¡Pero yo odio también a Kerry! ¡Le odio tanto o más que a los otros!

»¡Y yo sé que en mi mente hay parte del cerebro de una loca que mató a su marido! ¡Yo estoy loco! ¡Soy un niño, un sabio, un periodista, una loca homicida y no sé cuántos más! ¡Mi cerebro, gracias a las neuronas naturales que me ha trasplantado Él, posee una capacidad increíble! ¡Puedo saber lo que piensan y se proponen los demás!

»¡Y, viendo la falsedad en Gorief, tenía que eliminar el peligro!

»Él mismo me dio la oportunidad, a los pocos días. Sonia ya le había entregado un resguardo por mil «cheks»... ¡Quería que se fuera y que no le hablase de Kuawi!

»¡Sonia intuyó el peligro y tuvo miedo!

V

— ¿Todavía está usted aquí, Sergei? —preguntó Sonia, desde la puerta del ascensor.

Él se volvió, fingiendo sobresalto.

— ¡Oh, perdón, señorita Simovich! ¿Quizá la he despertado?... Lo siento muchísimo, de veras. Se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta. ¿Qué hora es?

— Las tres y media de la madrugada... Amanecerá pronto. Debe usted descansar.

— Sí, sí... Y Rik también. Pero tenía una idea y quise ponerla en práctica. Creí que distrayendo a Rik podría hipnotizarle.

Sonia se acercó a la mesa donde Sergei había colocado su artilugio de luces y aparatos acústicos, en singular mescolanza. Miró con recelo todos los aparatos y musitó:

— Creo que este procedimiento no servirá de nada.

— ¿Duda usted de mí, señorita? —preguntó Sergei, como ofendido.

— ¡No, por favor; no me interprete mal! He querido decir que tal vez esto no sirva con Rik. Ese animalito es muy sensible.

— ¡Y terco! —añadió Sergei—. La verdad es que se trata de hacer hablar a un animal que jamás ha pronunciado una palabra. Pero puede que tenga usted razón y todos, estemos equivocados. ¿Cuál es su idea?

— Creo, como Kerry, que Rik hablará cuando haya pasado un par de años entre niños. El don de la palabra es natural, espontáneo, y surge, lentamente, entre balbuceos, a fuerza de oír hablar a las personas que le rodean.

— ¡Rik tiene mucha más inteligencia que un niño, señorita!

— Ya lo sé... Y hasta he llegado a pensar que no habla porque no le da la gana, por terquedad instintiva... ¡Por el mismo motivo que no puedo conseguir dominar su mente! —Sergei se abrió de brazos, mirando hacia el fondo del laboratorio, donde las cortinas cerradas impedían ver la noche—. Hágame un favor, señorita... Siéntese ante el foco oscilante.

— ¿Quiere hipnotizarme a mí? —preguntó Sonia, alarmada.

— Sí. Pero no tema. Deseo que Rik la vea unos minutos en estado hipnótico. Creo que eso nos ayudaría.

Sonia vaciló. Estaba sola con Sergei en el laboratorio. Su padre

estaba durmiendo y Kerry se encontraba en su apartamiento de la ciudad. Y pensó en negarse, mas no quiso admitir que tenía miedo. Era una mujer moderna.

— Si cree que nos serviría de algo…

— Sí, por favor. Siéntese aquí.

Sonia se sentó y Sergei se situó detrás del foco oscilante.

— Pero Rik está dormido ahora y no verá nada.

— Mejor. Así no la distraerá con sus chillidos. Le despertaré en cuanto esté usted en trance y le explicaré el proceso. No se inquiete. Relájese… Mire al foco… Deje su mente en blanco… No piense…

Sonia se había despertado a causa de un ruido producido deliberadamente por Sergei, quien buscaba aquella oportunidad. Había rociado la atmósfera del laboratorio con un vapor somnífero prehipnótico, para facilitar las cosas.

No era la primera vez que intentaba algo así, pero Sonia sí era la primera vez que acudía sola y de noche al laboratorio.

Y la muchacha sintió pronto que le pesaban los párpados, no pudiendo resistir la luz que le hería las retinas. Sergei había logrado su propósito.

Cuando la muchacha quedó dormida, el farsante se acercó a ella y le preguntó:

— ¿Puede usted oírme, señorita Sonia?

— Sí — musitó ella.

— ¿Está realmente dormida, bajo influjo hipnótico?

— Sí, lo estoy.

— Atienda — le musitó él al oído —. Voy a darle instrucciones que ha de cumplir en cuanto despierte. Pero no pensará en lo que hace. Actuará como a impulsos de sus sentimientos. ¿Me entiende?

— Sí.

— Bien. Escuche… Estoy en un apuro económico. Necesito mil «cheks» para efectuar el pago de una deuda de honor. Mañana, en cuanto usted se despierte, no recordará que ha estado aquí ni que se ha dejado hipnotizar por mí.

»Se levantará, tomará su talonario de resguardos del «DOB» y extenderá uno a mi nombre. ¿Me entiende?

— Sí, le daré un talón-resguardo de mil «cheks».

— Eso mismo. ¿Dónde guarda usted el talonario?

— En el cajón que acciona el telecontrol amarillo-tres — contestó la muchacha, con los ojos cerrados.

— Muy bien. Ahora se levantará usted y regresará a su dormitorio. Mañana, al levantarse, hará lo que yo le he ordenado.

— Sí, lo haré.

— Váyase, pues, a la cama y descanse. Y no hable con nadie de que me ha dado ese dinero. ¿De acuerdo?

— De acuerdo.

Siguiendo las instrucciones de Sergei, Sonia se levantó y salió del laboratorio, dejando al granuja frotándose las manos. Pero cuando se volvió hacia la jaula, vio a Rik, agarrado a los barrotes, que le miraba fijamente. Se había despertado y parecía muy contrariado.

Sergei se acercó a él y le dijo:

— Hola, mono sabio... No sé lo que pasa contigo, pero eres mi filón, amiguito. Gracias a ti voy a conseguir una fortuna. ¡Ya lo verás! ¡Mientras hayan tontos en el mundo, viviremos los listos como yo!

Al alargar la mano derecha para coger el brazo del mono, el animal retrocedió.

¡Y Sergei tuvo la impresión de que Rik le había comprendido y desaprobaba su acción!

* * *

Sergei Gorief estuvo dos días sin volver por «Colina». Cuando lo hizo fue conduciendo un moderno «heliplano», último modelo que le había costado doscientos «cheks». Se había comprado también un «harpo» nuevo y un reloj-radio de pulsera. De los mil «cheks» que le diera Sonia, apenas si le quedaba nada.

Cuando llegó a la mansión esférica, Kerry Gordon estaba allí, en el salón, hablando con Sonia, y ésta fue la que salió a recibirle.

— Hola, señor Gorief. Le llamamos a su casa y no...

— Salí de compras, Sonia —contestó Gorief en tono festivo.

La muchacha captó el efluvio del licor caro que emanaba del farsante, pero no dijo nada.

— Hola, Gorief. Le noto muy cambiado — intervino Kerry, sin moverse de su reclinable.

— Os saludo, señoría... Sí, me he comprado algunas cositas con el dinero que me dio la señorita Simovich.

— De eso estaba hablando con Sonia —agregó Kerry, muy serio.

— ¡Por favor, Kerry, el dinero es mío y Sergei necesitaba algo! Por eso se lo di.

— Tú me has dicho que tenía deudas... Y ese «heliplano» es caro. — Kerry señaló a la gran ventana que daba a la terraza—. ¿Es ésa la deuda que tenía usted, Gorief?

— ¿Qué ocurre? ¿He hecho algo malo? —preguntó Sergei, poniendo expresión inocente—. Admito que he dado curso al generoso obsequio de Sonia. Debía unos «checks» y ella me ha dado mil. Consideré una obligación adecentarme para no parecer tan... Bueno, vos sois un Inviolable. Se os debe gran consideración. Y yo, a vuestro lado, parecía un mendigo.

— ¡No tenía que pedir nada! — exclamó Kerry.

— No me lo pidió — respondió Sonia, en extremo violenta.

— Está bien. Dejémoslo así. El dinero es tuyo y puedes hacer lo que te venga en gana, como si lo quieres quemar... Dígame, Sergei Gorief, ¿progresan sus experimentos?

— Satisfactoriamente. Hoy realizaré una prueba que se me ha ocurrido en la biblioteca universitaria, donde he pasado el día buscando nuevas soluciones.

— ¿De qué se trata?

— Secreto profesional, señor. Permitidme que trabaje esta noche a solas con Rik y, si no me equivoco, mañana veréis algo asombroso. ¿Está arriba vuestro padre?

— Sí, puede usted subir — contestó Sonia.

— Un momento, Gorief —intervino Kerry, levantándose—. Quiero decirle algo.

— Vos diréis, señoría — Gorief habló hipócritamente, fingiendo sumisión.

— Quiero decirle que se le llamó aquí para que intentase hipnotizar a Rik, a fin de sugestionarle y hacerle hablar, porque suponemos en él suficiente capacidad para hacerlo. Se le pidió que guardase el secreto de todo esto.

— ¡Y lo he respetado!

— Pero me temo que haya empleado usted sus conocimientos con alguien que no es Rik —dijo Kerry en tono tajante—. Y, si se confirman mis sospechas, puede usted pasarlo muy mal.

— ¡Por favor, Kerry! — suplicó Sonia.

— No os entiendo, señoría —musitó Sergei, fingiendo estupor—. ¿Qué queréis decir?

— Me parece que me he explicado bien. Y para que no le obligue la necesidad, le voy a conceder un salario de cincuenta «checks» por semana, mientras dure su trabajo aquí. Creo que está bien pagado. Pero deseo resultados inmediatos... Ya puede subir al laboratorio.

Sergei no replicó. Dio media vuelta y fue hacia el hueco invisible del ascensor magnético. Detrás de él, la pareja quedó en silencio.

* * *

Aquella misma noche, so pretexto de quedarse a trabajar, Sergei regresó a! laboratorio, después de la cena, y se encerró allí con Rik, para someterle a un nuevo tratamiento hipnótico.

A las doce en punto, Igor Simovich dijo que estaba cansado y se retiró a su dormitorio. Sonia no había ido al laboratorio para nada en todo el día, quizá disgustada por la discusión con Kerry.

Y, al quedarse sólo, Sergei extrajo una cápsula somnífera del bolsillo y la estrelló contra el fondo de la jaula de Rik.

— ¡Esto os costará algo más de cincuenta «cheks» a la semana, tacaños! ¡Ya veréis de lo que es capaz el Gran Hogol!

Dentro de la jaula, Rik chilló, saltando de un lado a otro sobre el lecho de espuma. Pero las emanaciones de la cápsula le alcanzaron y empezó a perder bríos, tambaleándose, hasta caer luego pesadamente.

Entonces, utilizando una máscara que había encontrado en un armario, Sergei se acercó a la jaula, la abrió y sacó a Rik de su encierro.

Sin muchos miramientos, metió al mono en una bolsa de fibraglás, y se lo cargó al hombro, para dirigirse inmediatamente a la salida. Como todos dormían en «Colina», no tuvo impedimentos para alcanzar la salida de la planta baja y correr hacia su «heliplano».

Un instante después, sin ruido, escapaba hacia la ciudad, llevando consigo su preciosa carga.

Se detuvo en una vieja calle descubierta, en un suburbio abigarrado, donde la suciedad y la miseria pregonaba estentóreamente que el progreso no era patrimonio de toda la sociedad. Allí vivían gentes de la más baja condición, vergonzantes, malhechores, viciosos y obreros mal pagados.

En aquel sector, Sergei era conocido como el Gran Hogol, y para llegar hasta su guarida había que atravesar sucias callejas, hediondos pasillos y pasos angostos con olor a cloacas.

Dejó su moderno «heliplano» en un callejón, conectando el alto voltaje para que nadie lo tocase, y, con el saco al hombro, se encaminó a su guarida.

Sergei vivía solo en un sótano con dos habitaciones. En la primera recibía a sus visitas y daba sus clases de espiritismo. En la segunda, un cuchitril atiborrado de los más disparatados objetos, tenía su vivienda. Y allí fue donde entró, tras cerrar la puerta. Dejó en el suelo la bolsa en que transportaba a Rik, dormido.

Se sentó ante una mesa y tomó una hoja de plástico blanco, un sobre y una estilográfica eléctrica, con la que empezó a escribir en los siguientes términos:

Profesor Simovich, me he llevado a Rik, al que tengo en lugar seguro. Quiero medio millón de «checks» por él. Su hija tiene dinero suficiente para pagar esa cifra. ¿No querrá usted que se malogre su interesante experiencia por una cantidad que a Sonia no le costó nada conseguir?

Entregue el dinero al doctor Kuawi y él me lo traerá. No me ocultaré para nada, de modo que puede, llamar a la fuerza pública y hacerme detener, si quiere. En tal caso, naturalmente, no volverá a ver nunca más a Rik, al que devolveré una vez esté fuera del país.

Haga lo que le he dicho. Yo creo que Rik vale más de medio millón de «checks». El novio de su hija también puede contribuir con algo a

mejorar las condiciones de vida de este afectísimo servidor, que lo es

SERGEI GORIEF

Al terminar de escribir, el granuja repasó lo escrito y sonrió.

— Perfecto — dijo —. Estoy seguro que pagarán.

En aquel instante, la bolsa que contenía al mono se agitó. Gorief, dedicado a cerrar el sobre, no lo notó. Ni siquiera se dio cuenta de que el mono abría la boca de la bolsa y asomaba su pequeña cabeza, para mirar a su alrededor.

Sólo vio saltar al mono con pasmosa agilidad sobre la mesa, con lo que el farsante recibió un susto mortal.

Gorief gritó.

Quiso ponerse en pie. ¡Pero las pequeñas manos de Rik ya hundían sus uñas en el cuello de Sergei!

Tuvo lugar un forcejeo impresionante entre el pequeño mono y el hombre. El agresor se vio zarandeado, mas no soltó su presa, apretando con increíble fuerza la garganta de su víctima, cuatro veces más grande que él.

Pero Rik parecía poseer el vigor de un demente hercúleo. Y, en pocos segundos, Gorief, con el semblante cerúleo, cayó de rodillas, arrastrando una silla en su caída, sin que el simio le soltase la garganta, en la que continuaba apretando las manos y hundiendo en ella sus pequeñas uñas.

De este modo tan implacable y despiadado fue como Sergei Gorief encontró la muerte. No pudo defenderse. Rik era un enemigo pequeño, pero feroz.

Cuando el hombre dejó de rebatirse, Rik aflojó la presión de sus dedos y se apartó inmediatamente del cuerpo sin vida de Sergei.

En aquel instante, por vez primera en su vida, Rik movió los labios para hablar:

— Te has equivocado conmigo, Sergei Gorief — dijo, con una voz que tenía un tono áspero, chirriante, desagradable y frío —. Has querido perjudicar a Sonia, valiéndote de mí y eso se paga... ¡No harás daño a nadie más!

¡El pequeño mono hablaba como un ser humano!

Luego, Rik saltó sobre la mesa, tomó la carta que había cerrado Sergei y la abrió, extendiendo el escrito ante él. Una vez leído, tomó el plástico y lo arrugó. Miró en torno y al ver el horno eléctrico, fue hacia él, abrió la puerta y echó dentro el plástico sobre el que escribiera Gorief.

Luego conectó la electricidad y dio al horno toda su presión. Estaba seguro de que, en pocos minutos, la carta quedaría destruida totalmente.

Ya nada más tenía que hacer allí. Se dirigió a la puerta y la abrió. Salió fuera, volvió a cerrar y trepó por la pared, hacia una ventana enrejada. Por allí era imposible que pudiera pasar un hombre. Rik, en . cambio, pasó fácilmente, saliendo a una cornisa, de la que saltó a un tejado.

Allí, miró al cielo estrellado, se orientó y luego se encaminó, mediante un salto impresionante sobre los viejos techos, hacia el oeste de la populosa ciudad.

Rik parecía conocer perfectamente la urbe. En su mente quedaban recuerdos del periodista H. B. Joop, que conocía al dedillo la megápoli. Por estos recuerdos se orientó, ¡como para matar se había guiado por el instinto de Arme Coccoran!

Rik tardó dos horas en regresar a «Colina». Esperaba que nadie le hubiese echado de menos, y así fue. Entró por el mismo sitio que le había sacado Sergei, se encaminó al laboratorio y se encerró en su jaula... ¡Él sabía abrir la cerradura con la punta de un alambre!

Antes de echarse a dormir, sin embargo, retiró los cristales de la cápsula somnífera que le arrojara Sergei. No quería dejar huellas de nada... ¡Era cuidadoso!

EPTAMÓN VI

— ¡Había matado a un hombre y tenía la impresión de que no era la primera vez que hacía algo semejante! Esto debe estudiarse también, hombre, cuando escuches mi voz en la grabación de cadmio. El instinto de Anne Coccoran estaba en mí, con su execrable tara infernal.

«También tengo la sumisión del obrero Smith, y los conocimientos del sabio Kreel, que, junto con el dinamismo de Joop y la ingenuidad de Dick, forman en mí una curiosa mezcla de seres de una capacidad extraordinaria.

«Sí, Él tenía razón. Por el procedimiento empleado conmigo, se puede conservar en un cerebro virgen todos los conocimientos que un sabio haya acumulado en el transcurso de su vida. Está claro. El error ha sido al trasplantarme, por medios radiactivos, neuronas de distintos cerebros.

»¡Y por eso soy un pequeño monstruo!

«Yo podía haber hablado con Kerry Gordon. Podía haberle dicho que el experimento había sido un éxito y hasta podía haberle señalado el error cometido. Esto es lo que él quería.

«¡Pero yo le odiaba porque amaba a Sonia y yo también la amaba!

«¡Es imposible ver con buenos ojos al hombre que nos arrebata a la mujer que queremos! Pero ¿es que quiero a Sonia? ¿Cómo es esto posible? ¿Qué instinto humano hay en mí que induce a sentir afecto por alguien que no puede corresponderme? Me doy cuenta de que Sonia me está prohibida. No soy de su raza. Sólo tengo el cerebro compuesto que me han dado, y sé cómo utilizarlo. Vivo, pienso y hablo... Sé que haría feliz a Sonia con dirigirme a ella y hablarle. Pero entonces todo habría terminado. Quizá me llevasen a la Universidad, para servir de estudio a los hombres de ciencia, que me harían miles de preguntas, que me someterían a pruebas disparatadas. No tendría descanso. No podría ver a Sonia, ni me tomaría de la mano, ni estaría a su lado... ¡Y yo quiero continuar allí! ¡Deseo que me traiga la comida, y me sirva, y me acaricie!...

«¡Cuántas cosas deseo! ¡Y he roto con todas por culpa de...!

»Mi mente es un pequeño caos. Primero discutieron el doctor Kuawi y Kerry Gordon, a causa de la muerte de Sergei... Sonia intentó apaciguarlos.

»¡Y surgió la amenaza latente! Él comprendió que yo era el motivo de la discordia. Me lo dijo a través de las rejas:

»—¿Has matado tú a Sergei Gorief, Rik? No hables si no sabes o no quieres —me dijo, mirándome con sus cansados ojos—. Sólo quiero que me hagas una seña afirmativa con la cabeza… ¿Le has matado tú?

»Yo asentí. Jamás he podido sustraerme al influjo paternal que me produce la sabiduría de Él.

»—¿Le has matado? —exclamó, atónito —. ¿Cómo?

»¡Y le hablé! Estábamos solos. Yo podía dominarle… ¡En cierto modo, era mi Autor! Él me había sacado de la oscuridad, dándome vida y razón disparatada. Él era responsable de mí… ¡Tenía que arrostrar las consecuencias de mis actos, que eran los suyos, como pagó el cibernético Marco, constructor del famoso «Ursus»!

»¿No saben quién fue «Ursus», ni Marco? ¡Ah, ya! Yo hice el reportaje informativo. Mi agencia no lo publicó, atenazada por el poder público, en representación del Comando de Justicia. Hubiese sido como sembrar el terror, dijeron.

»«Ursus» se hizo famoso en los cuadriláteros de lucha de Mercury City, en la Luna. No era un hombre, sino un robot exactamente igual a un hombre, de tremenda fuerza mecánica, al que dirigía Marco por medio de un aparato de telecontrol. Nadie podía vencer a «Ursus», por lo que fue campeón del peso máximo.

»Pero Marco sufrió un día un ataque cerebral y enloqueció, aunque antes había dado la «orden» a «Ursus» de que luchase. Nadie comprendía por qué «Ursus», con sus labios de plástico imitación carne, apretados, atacaba a la gente, a la que golpeaba y maltrataba. Fue preciso destruirle… ¡Y cuál sería la consternación de las autoridades de Mercury City al ver que no era un hombre, sino una máquina.

»Tampoco pudieron culpar ni castigar a Marco, porque había muerto a consecuencia del ataque sufrido. Era preciso silenciar el suceso, para evitar el pánico.

»Y lo mismo había de suceder con Él y yo.

»Se lo dije todo. Me escuchó… ¡Y terminó diciendo que me destruiría!

»¡Sí, eso dijo Él!

»Estas fueron sus palabras:

»—Si yo te he creado, para el bien, y de mi obra ha de salir el mal, te aniquilaré. Tú no eres un ser humano. Eres un animal de experiencia, aunque en tu mente estén los recuerdos y conocimientos de otros seres, ya difuntos.

»¡He cometido un error y lo subsanaré antes de que puedas hacer más daño!

»¡Era mi sentencia de muerte! Yo debía dejarme matar. ¿ Y

quién permite eso, en pleno dominio de sus facultades? ¿Hay alguna ley que justifique una sentencia semejante? ¡El instinto natural de defensa se despertó en mí!

»¡Tenía que vivir! ¡Él no debía destruirme! ¡Lucharía!

»Era mi Autor, el que me había conferido la razón, y no un ser deleznable como Sergei Gorief. Pero morir me asustaba. En mi instinto animal, algo me impulsaba a la lucha, como me impulsa ahora a desafiar a las fuerzas del orden, al ejército y al Consejo Superior de Guerra, si llega a decretar mi muerte.

»¡El tenía que morir, aunque mi obra careciese de justificación! ¡Si no moría él, sería yo la víctima!

»¡Y le vi tomar el disparador «láser» de alta vibración!

»No tuve más remedio que abrir la puerta de la jaula y saltar, esquivando sus descargas. Le lancé un objeto, y el primero que encontré a mano. Le di en el rostro y cayó. Luego me acerqué a él…

»¡Tenía que matarle!

»—¡Nooo! —gritó Sonia, apareciendo en la puerta.

VI

El funcionario de seguridad no esperaba encontrar allí a un Hombre Sacro, ni mucho menos, por eso pidió disculpas humildemente por tener que realizar la investigación que le habían confiado.

— ¿Qué sucede, «pólice»? —preguntó Kerry, levantándose de su reclinable, para ir hacia donde Sonia había quedado un tanto confusa ante la visita, cuyo «harpo» mostraba el escudo de funcionario.

— Disculpadme, señor. Tengo órdenes de investigar un homicidio.

— ¿De qué se trata?

— Un mal sujeto ha sido hallado muerto en su domicilio, en el suburbio de Galio. Su nombre era Gorief, pero le conocían como el Gran Hogol.

Sonia había palidecido al escuchar estas palabras, y ahora se estremeció.

— Sí, le conocemos — contestó Kerry sin inmutarse —. Fue contratado por mí para efectuar unas experiencias científicas que, al margen de la Universidad Oficial, se realizan en esta casa por el profesor Simovich y yo.

— ¿Quién sois vos, señoría?

Kerry dio su nombre, cargo y grado, y el funcionario se inclinó respetuosamente.

— Es cuanto deseaba saber, señoría. No volveré a molestaros. Las investigaciones se realizarán al margen de vos.

— Nada de eso, «pólice». Le ruego que diga a su Comando que me interesa un informe completo de ese asunto. Gorief desapareció de aquí hace dos noches, y la señorita Simovich, mi prometida, le había obsequiado con una importante cantidad de dinero.

— ¡Muy importante cantidad! — exclamó el funcionario—. Por eso hemos venido a investigar la relación que existía entre la señorita y ese sujeto de tan pésimos antecedentes.

— Nos fue recomendado por el doctor Kuawi, del Hospital General —dijo Sonia—. No le conocíamos.

— ¡Sí, eso es cierto! Y le ruego a usted investigue a fondo las relaciones entre el doctor Kuawi y Sergei Gorief —añadió Kerry.

Sonia se volvió a mirar, sorprendida, a su novio.

— ¿Crees que el doctor Kuawi tiene algo que ver con...?

— No creo nada, querida. Sólo deseo saber a qué atenerme... Y, por favor, «pólice», envíeme un informe de todo a mi apartamento... Vivo en «Imperial Build», apartamiento 3.417, Plaza Octagonal.

— Sí, señoría. Seréis complacido.

Cuando el agente se retiró, saludando ceremoniosamente a la pareja, Sonia se encaró con Kerry y le preguntó:

— ¿Quién sospechas que ha podido matar a Gorief?

— De ti, desde luego, no sospecho... Ni de tu padre. Pero hay algo curioso. Me consta que ese tipo es un farsante. Kuawi debía saberlo también. ¿Por qué, pues, nos lo envió como psiquiatra?

— ¡Es que fue psiquiatra en Moskowa!

— ¡Pero a ti no logró hipnotizarte!

— No. Le di el dinero porque me sobraba y no me había costado mucho ganarlo. Creí, en verdad, que no le volveríamos a ver más. Y hasta llegué a pensar que... Bueno, pensé como tú.

— ¿Que el doctor Kuawi nos lo envió para perjudicarnos?

— ¡No! —exclamó Sonia vivamente—. ¡Creí que era un modo de pagar a Kuawi lo que había hecho por nosotros!

— ¡Él te quiere!

— Lo sé. Pero yo no le quiero a él. Se lo dije un día, en el hospital... ¡Dejemos esto, Kerry, por favor!

Sonia dio media vuelta y se dirigió a una.de las invisibles puertas de la sala. Kerry no hizo nada por seguirla. Estaba reflexionando intensamente, calculando y sopesando la serie de circunstancias que se habían mezclado en el proceso de investigación del profesor Simovich en torno a un mono.

En primer lugar, Jo Kuawi facilita neuronas al padre de Sonia, cometiendo un delito. Un médico no puede entregar a un particular material de ensayo sin título oficial universitario. Jo Kuawi infringe la ley por los bellos ojos de Sonia. Esto es innegable.

Pero Kuawi va más lejos. Sintiéndose incómodo e inseguro, y temiendo que pueda ocurrirle algo sugiere a Igor Simovich que revele sus experiencias a un científico de la categoría de Kerry Gordon, con cuyo apoyo todo irá sobre ruedas.

Kerry, atraído por los ojos de Sonia, ¡igual que Kuawi!, acepta cooperar y se enamora de la muchacha, estableciendo así un vínculo prematrimonial que no agrada nada a Jo Kuawi.

Las experiencias continúan y llega el momento en que es necesario operar a Rik. Entonces, Kuawi espera el fracaso de Kerry, para ridiculizarle — ¡Esto no escapó a la mente sagaz de Kerry, quien actuó con fino tacto para no dar a entender que había comprendido! —, cosa que no ocurre...

En la mente de Kerry había quedado establecido con evidente precisión que Jo Kuawi era ya un posible adversario. Por ello se había

puesto en guardia, sin advertir a Sonia.

Pero la situación se había complicado, al traer Kuawi a Sergei Gorief, un individuo indeseable, a quien el médico del Hospital General debía conocer.

La pregunta que se formulaba ahora Kerry era la siguiente: ¿Qué plan trazaron Kuawi y Gorief? ¿Se proponían, como afirmó Sonia, obtener dinero solamente? ¿Había renunciado Kuawi a Sonia y se conformaba con la parte que Gorief pudiera darle de dos mil «checks» obtenidos por su farsa?

Y de todo esto surgía la pregunta final:

¿Había matado Kuawi a Gorief por desavenencias entre rufianes?

* * *

Después de leer con atención el informe que le envió personalmente el Comando de «pólice», o jefe de la fuerza pública, Kerry abandonó su apartamiento y descendió a la planta baja del «Imperial Build». Allí tomó su «car» y se trasladó, por una vía subterránea, hasta el extremo oeste de la megápoli. Ahora no dejó el vehículo para caminar el resto del camino, sino que, sin perder tiempo, llegó con él hasta «Colina».

En la plataforma exterior vio el heliplano del doctor Kuawi, lo que le hizo fruncir el ceño. Sonia no estaba en la sala, pero la puerta aparecía abierta. Por esto, Kerry entró, dirigiéndose seguidamente hacia el ascensor del laboratorio.

En cuanto el aparato magnético se detuvo, escuchó las voces de Jo Kuawi y Sonia, y las del profesor Simovich, intentando apaciguar a los otros dos.

— ¡No puedo tolerarlo, Sonia! ¡Me han tratado como a un criminal! ¡Y ha sido por culpa de tu prometido!

— ¡Él no tiene la culpa de nada! ¡Y no puedes acusarle de haber matado a Gorief!

— ¡Por favor, calma! ¡Así no se arreglan estas cosas! —decía Simovich.

En aquel momento, Kerry entró en el laboratorio, tosiendo con insistencia para hacerse oír. El silencio se hizo entre los tres.

— Me parece haber escuchado que soy el tema de esta interesante charla —fue lo primero que dijo Kerry, acercándose.

Kuawi mantuvo una expresión un tanto desafiante y repuso:

— La fuerza pública ha venido al hospital a interrogarme acerca de la muerte de Sergei Gorief... Y parece ser que vos habéis orientado al funcionario hacia mí.

— Sí, es cierto — contestó Kerry —. Acabo de leer el informe

que me ha enviado el Comando de «pólice». Le debo a usted una disculpa, doctor Kuawi, porque creí que había matado a Gorief.

Kuawi perdió su aplomo.

— ¿Cómo habéis podido concebir tal ignominia?

— Soy mortal y falible. Y lo siento... Sin embargo, parece ser que la fuerza pública ha establecido cierta vergonzosa relación entre usted y Gorief.

— ¿Qué quiere decir? —gritó Kuawi.

— Sencillamente. Sergei Gorief era un farsante... ¡Y usted también lo es, porque facilitó a ese truhán numerosos clientes que fueron a visitarle por indicación suya!

— ¡Eso es inicuo!

— ¡Inicuo, pero cierto! —exclamó Kerry—. Y debes saberlo, Sonia... ¡Este hombre trajo aquí a Gorief con intención de hacer fracasar la experiencia de tu padre!

»Estoy seguro de los hechos. Gorief se llevó a Rik, no sabemos cómo, con ánimo de perjudicarnos a todos. Quizás intentaba pedirnos una recompensa por devolverlo.

»¡Pero el mono lo mató!

Al decir esto, Kerry se volvió y extendió la mano, señalando a la jaula en donde estaba Rik, agarrado a los barrotes.

— ¿Rik mató a Gorief? —preguntó Igor Simovich, atónito.

— Eso creo... ¡Y eso voy a intentar averiguar! — respondió Kerry —. Y si lo consigo... Bueno, estas experiencias habrán de terminar.

— ¡No consentiré que nadie haga daño a Rik! — gritó Sonia.

— ¡Es mejor que salgáis de aquí, señorial — añadió Igor Simovich.

— No pienso irme. Formo parte de esta experiencia. He trabajado en ella durante días y tengo tanto interés como usted en verla culminada con éxito. Sin embargo, no pienso, ni por asomo, permitir que Rik represente un peligro para nadie.

»He de establecer, sin lugar a dudas, si Rik ha matado a Gorief.

— ¡Gorief era un canalla! —exclamó Jo Kuawi.

— Y amigo de usted, doctor. Es mejor que procure no volver más por aquí.

— ¡Eso soy yo quien debe decirlo! — gritó Simovich.

Kerry fue a decir algo, pero Sonia se acercó a él y le puso la mano sobre la boca.

— Por favor, Kerry. No compliquemos más la situación.

— ¿Es que quieres que ponga en riesgo tu vida por una obcecación estúpida? Un hombre ha muerto... Luego pueden morir otros. Dígame una cosa, doctor Kuawi. Entre las muestras de cerebros que facilitó usted ilegalmente del hospital para realizar esta prueba, ¿había alguna perteneciente a algún loco homicida?

Kuawi se quedó sin habla. Por vez primera se sintió desarmado e indefenso. Kerry Gordon acababa de ponerle en una disyuntiva tremenda y no sabía cómo salir del atolladero.

Y, en semejante trance, mirando en torno como si fuese un animal acorralado, optó por decir la verdad:

— No lo sé... ¡Os juro que no lo sé! Yo sabía que estaba prohibido lo que hacía. Pero se trataba de pequeñas partículas de cerebro que yo podía justificar como empleadas en análisis y prácticas. Cuando se estropean, se tiran.

— Quiero creerle —asintió Kerry—. Pera me interesa mucho que responda usted a mi pregunta. ¿Hay modo de averiguar si las muestras que usted dio a Sonia habían pertenecido a un loco homicida?

— Sí... Creo que sí. Puedo consultar los archivos del hospital.

— ¡Vaya allí y averígüelo! Necesito la contestación cuanto antes.

— Sí, señoría.

Jo Kuawi abandonó el laboratorio, dejando tras él una extraña opresión que parecía flotar en el ambiente.

Kerry, por su parte, tomó una página de plástico en blanco y una estilográfica eléctrica y se acercó a la jaula de Rik, a quien tendió ambas cosas a través de los barrotes, diciéndole al mono:

— No sabes hablar, pero sí escribir... Y quiero que me contestes claramente. ¿Qué pasó con Sergei Gorief?

Rik emitió un chillido y, sin hacer caso a los objetos que le entregaba Kerry, retrocedió, como asustado, hacia el fondo de la jaula.

— ¡Por favor, esto es inaudito! —intervino Igor Simovich—. No es más que un mono...

— ¡Un mono tan inteligente como usted y como yo, profesor! —contestó Kerry.

— Pues precisamente por eso no contestará — dijo Sonia —. Si lo ha hecho, temerá el castigo.

— ¡Es que el castigo de esto traerá consecuencias nefastas para todos nosotros! —no pudo por menos que contestar Kerry, muy excitado—. De los actos de un irresponsable han de responder sus legítimos tutelares... ¡Usted, profesor Simovich!

— ¡No! —chilló Sonia—. Mi padre sólo quería ayudar a la ciencia.

— La ayuda a la ciencia tiene sus leyes... ¡Incluso yo soy culpable de complicidad, y eso me costará graves contratiempos! ¡Incluso puedo perder mi título, mi inviolabilidad, mi prestigio y mi paga!

»Yo he contribuido a todo lo que se ha realizado aquí, sin avisar a las autoridades Universitarias. Se abrirá un expediente y cada uno arrostrará con su responsabilidad.

— Era imprevisible —musitó Sonia.

— ¡Rik no ha causado ningún daño!

— Puedo demostrar eso. En el cuello de Sergei Gorief hay huellas que no han sido hechas por la mano de ningún hombre… En el informe del Comando de «pólice», se ve claramente que sólo la disposición de los dedos de un simio, de pequeña estatura, pudo haber matado a Gorief. Y la fuerza pública espera que yo les ayude a aclarar los hechos. Me han concedido un plazo para darles una respuesta definitiva.

»Ha sido el doctor Kuawi quien, asustado, ha dicho que aquí estábamos efectuando experiencias con un simio.

— ¡Cielo Santo! — exclamó Sonia, aterrada por vez primera.

Por su parte, Igor Simovich, sin perder su aplomo, habló lentamente:

— Vos asustáis a Rik, señoría. Dejadme a mí hablar con él. Me dirá la verdad por escrito. Estoy seguro. Y si ha matado a Gorief, os lo diré… Por favor, Sonia, vete tú también. Dejadme solo con Rik. Creo que el único culpable soy yo.

»Yo arreglaré esto.

— Está bien. Vamos, Sonia. También tengo algo importante que hablar contigo.

Salieron los jóvenes; Kerry no esperó a que se hubiese detenido el ascensor, para lanzar su pregunta:

— ¿Te casarías conmigo, aunque a consecuencias de todo esto dejase de ser un Hombre Sacro y perdiese mi inviolabilidad?

— ¡Sí, Kerry! No te preocupes por eso. Tú actúa de acuerdo con tu conciencia y haz aquello que consideres justo. Yo te amo por ti mismo… ¡Y me importa muy poco que tengas muchos títulos y honores o que no tengas ninguno!

— Gracias, amor mío, Me quitas un gran peso de encima.

EPTAMÓN VII

— Sonta me enseñó un día cómo se realizaba una grabación en disco de cadmio. Yo lo sabía mejor que ella. La parte de H. S. Joop, el periodista que hay en mí, sabe perfectamente cómo se graba un «eptamón» de información, para que pueda ser difundido, al mismo tiempo, a todas las estaciones de comunicaciones del universo.

»Un «eptamón» es indestructible. La voz queda aquí, para la eternidad. Sólo hay que accionarla con un vibrador, y es como si se le agitase con fuerza. Esto se puede hacer incluso sin ningún instrumento moderno. El disco, sujeto a una onda primitiva, al ser agitado sobre la cabeza del que pretende arrojar la «piedra», reproduce la voz.

»Se pensó que la humanidad podía volver algún día a la Edad de Piedra. Enterrar los conocimientos de nuestra época, como se venía haciendo, sólo podía servir para perderlos. En cambio, los discos de cadmio son como guijarros que ni el fuego ni la erosión pueden destruir. Alguien puede encontrarlos en el futuro, tirados por el suelo.

Alguien puede tener necesidad de emplearlos como proyectiles... ¡Y ese alguien puede encontrar alguna vez la historia de Rik, el simio!

»¡Mi sobrecogedora historia!

»Soy un ser racional, nacido en la selva y traído a Brako como animal de experimentación. Sé que mi especie está destinada a esto. Muchos han muerto, para ayudar a la humanidad a sobrevivir.

»Y creo que yo también voy a morir. Mi destino está a punto de cumplirse, porque la ley es inflexible. No hay ley a favor de monos. No hay ley a favor de animales benefactores de la humanidad. No hay más que un acendrado egoísmo por parte del hombre que le ha llevado, desde tiempos inmemoriales, a luchar contra todo, incluso contra sí mismo, para sobrevivir.

»El hombre, tú que puedes escucharme, no ha vacilado en matar a sus semejantes para vivir él. Se han devorado entre sí... Y han llegado a más, incluso: ¡a matarse sin motivo ni justificación, sólo por el hecho de matar!

»Yo no he hecho eso. Yo maté a Gorief por dos motivos principales: Primero, él era capaz de matarme a mí, y yo estaba en mi derecho a defenderme; el segundo es ajeno a mí, y es que estoy loco. Parte del cerebro que Él me trasplantó está enfermo. Anne Coccoran dejó la semilla de su locura en su mente...

»También he matado al Autor. ¡Y lo he hecho en legítima

defensa! Su rayo «láser» tenía carga letal. Lo sé. Ellos me lo mostraron, diciéndome para lo que servía. Un arma peligrosa.

»¿Qué podía hacer, sino matar? ¡Pero no pude matar a Sonia!

»Eso indica que no estoy totalmente enfermo, que razono y pienso como lo hacían Kreel, Smith, Joop y el pequeño Dick. Uno no puede atentar contra la vida de la persona a quien quiere. De haber aparecido Kerry Gordon, en vez de ella, le habría atacado, porque le odio.

»Él besó a Sonia delante de mí. Me enfurecí y chillé, y ella, sonriendo, sin comprender mis motivos, se limitó a preguntarme:

»—¿Tienes celos, Rik?

»¡Sí, los tenía! Pero soy un mono. Miro mis manos y las veo deformes, pequeñas, cubiertas de vello... El pequeño Kiki se ha despertado y, al verme, ha empezado a llorar, asustado.

»¿Por qué había de corresponder Sonia a mis sentimientos injustificados?

»No tuve más remedio que huir, rompiendo los cristales de la ventana y escapar por entre los árboles que rodean la colina. Escuché los gritos de Sonia, llamando a Kerry. ¡Jamás creí que pudiera clamar con tanto horror en la voz!

»Más parecían los gritos de una demente que los de una mujer que siempre me había hablado con dulzura, acariciando mi cabeza, rascándome detrás de la oreja...

»No, si apareciera Sonia, no podría dañarla... ¡Me venció hace tiempo! ¡Es una mujer admirable, sumamente admirable!

VII

Sonia había ocultado la cabeza entre las manos, cesando en sus gritos al aparecer Kerry, que irrumpió impetuosamente en el laboratorio donde había tenido lugar la tragedia, para correr hacia el cuerpo postrado de Igor Simovich, que yacía entre una confusión de objetos, con un punzón hundido en el pecho, sobre el corazón.

La herramienta había permanecido en un anaquel y era utilizada por el profesor Simovich para perforar planchas de plástico, a fin de hacer pasar rayos de luz o cables eléctricos.

Ahora, la herramienta había servido para perforar su corazón.

Un cristal de la ventana estaba roto. Por allí había escapado Rik, cuya jaula estaba vacía.

Kerry sólo se entretuvo en tomar el disparador «láser» y en seguida se aproximó a la ventana rota. Pero no vio al simio por ninguna parte.

— ¡Ha huido por ahí! —gritó Sonia, con voz trémula.

— Ven... No toquemos nada. Hay que avisar a los Comandos de Justicia y de «pólice», los agentes de la fuerza pública se encargarán de todo. Nosotros no podemos hacer nada... ¡Ya no tiene remedio!

Kerry regresó junto a Sonia, la tomó del brazo y la condujo hacia el ascensor magnético, para regresar a la sala, donde, sobre una mesita estaba el aparato de autocontrol de ella.

Él lo tomó y presionó una palanquita roja. El suelo se descorrió ante él, surgiendo un visófono, sobre cuatro patas de hierro.

Sonia, junto a él, lloraba y temblaba, sin poder articular palabra.

— Emergencia... Con la fuerza pública —pidió Kerry ante el fonovisor, cuando se encendió la pantalla cromática.

Y en el acto apareció el busto de un funcionario público, que disparó una pequeña máquina situada a su derecha, para grabar la imagen del denunciante o informante.

El escudo de Inviolable que Kerry lucía sobre el «harpo» pareció atraer la inmediata atención del funcionario, pues preguntó:

— ¿Quién sois?

— Kerry Gordon, del Consejo Superior de Guerra... Avisen al Jefe Gress y que venga inmediatamente a «Colina». El profesor Igor Simovich, que fue amigo del Jefe Supremo de Nueva Europa, acaba de ser asesinado por un animal sometido a experimentación.

— ¡Cielos! —exclamó el funcionario, a quien pareció que había

demasiados títulos mezclados en aquel asunto —. Inmediatamente aviso al Jefe del Comando.

— Encárguese de avisar también al Comando de Justicia.

— No pueden intervenir estando vos ahí.

— Renuncio de antemano a mi inviolabilidad, por considerarme parte del caso. Hago constar eso.

El funcionario arqueó las cejas, sin comprender. Era la primera vez que se encontraba en un caso semejante. Por ello asintió y cerró la comunicación, no sin decir antes:

— Bien, señoría. Inmediatamente estaremos ahí.

En cuanto la comunicación quedó cortada, Kerry efectuó otra llamada, ahora al Hospital General, pidiendo a la recepción.

— Pónganme inmediatamente con el doctor Kuawi... ¡Es urgentísimo!

Los servicios de comunicaciones de Brako eran admirables. Sólo transcurrían segundos, y a veces fracciones de éstos, para establecerse una comunicación, pese a los cientos de millones de visófonos en funcionamiento.

Kerry no esperó ni un segundo, antes de que en la pantalla apareciera el semblante preocupado del doctor Kuawi, a quien el joven Inviolable le espetó:

— ¿Ha comprobado lo que le pedí, Kuawi?

— Sí, ahora mismo acabo de hacerlo... Vos teníais razón. Cometí la imperdonable torpeza de dar a Sonia neuronas de un cerebro perteneciente a una mujer llamada Anne Coccoran, que murió aquí, de insuficiencia globular. La tal mujer procedía del manicomio oficial de «Siux», donde había sido internada por homicidio.

— ¡Dios mío! —musitó Kerry—. Lo que me temía... ¡Eso es un desastre! ¿Sabe lo que acaba de ocurrir?... ¡Rik ha matado al profesor Simovich, dándose luego a la fuga! ¡Estamos, esperando a las fuerzas de orden público!

Kuawi, al oír esto, se puso blanco como el papel y su boca pareció sufrir un calambre.

— ¿Nooo?

— Es cierto, ¡Y le van a pedir responsabilidades. Es mejor que trate salir del país cuanto antes.

— ¿Vos me aconsejáis eso, señoría? — preguntó Kuawi con incredulidad en su voz.

— Sí. En caso de que no quiera, como yo, ir a purgar su culpa a los terribles campamentos de prisioneros de Mercurio.

— ¿Decís que queréis ir?

— Yo también he intervenido en eso... La justicia ha de prevalecer.

— Dejadme que reflexione, señoría. Gracias por vuestro consejo.

Antes de que Kerry pudiera añadir una palabra más, Jo Kuawi cortó la comunicación, desapareciendo su imagen y su voz del aparato. Entonces, Kerry se volvió a Sonia, que le miraba con sus ojos anegados de lágrimas.

— Voy a dejarte al margen de esto, amor mío. Tú no figurarás en nada. Sólo tienes que decir que nunca te dejamos entrar en el laboratorio y que ignorabas lo que estábamos experimentando allí.

— ¿Vas a pagar por mí?

— Voy a mentir por ti... ¡Alguien tiene que pagar, como ya ha pagado tu padre! No te preocupes.

— ¡No consentiré que te lleven deportado a Mercurio ! ¡Si alguien ha de ir, seré yo! ¡Diré toda la verdad!

— ¡No te lo permitiré! — rugió Kerry, en tono feroz, asiendo a Sonia por los brazos y levantándola en vilo, con hercúlea fuerza—. ¡Si dices eso, me confesaré autor de la muerte de tu padre!

— ¡Noooo!

— ¡Te lo juro por el respeto que tengo a la ley! ¡Quiero salvarte, pero deseo que prevalezca la justicia!

— ¿Y qué justicia es la que oculta a un culpable para acusar a otro? ¡No, Kerry, por el amor que te profeso, hemos de afrontar juntos esta situación o separamos para siempre! Tú eres el último que ha llegado a eso. Tú tienes mucho más que perder que yo o Kuawi... Eres un Inviolable y verte mezclado en una muerte como la de mi padre no te beneficiará mucho.

»Piensa, incluso, en que mucha gente se alegrará de tu desgracia procurando, si puede, difamarte. Y con tu difamación podrían ocurrir hechos peores... ¡Tú eres eso, un Hombre Sacro. Un Inviolable!

Lo que Sonia le estaba diciendo era cierto. Se hablaría mucho, se moverían intereses inverosímiles incluso se podían remover los cimientos de la sociedad.

Kerry había adoptado una actitud reflexiva.

Pero ¿iba a permitir que ella quedase a merced de la justicia? ¿Iba a permitir su sacrificio?

— Hay otra solución, Sonia... ¡Sólo una!

— ¿Cuál?

— Cásate conmigo ahora mismo. Eso te convertiría a ti también en Inviolable. Podemos salir corriendo antes de que venga la fuerza pública. Vayamos a registro matrimonial y casémonos ante el funcionario. No nos entretendrá mucho. Luego vamos a explicar el caso al presidente Febre.

— ¿Quiere decir que así no te ocurrirá nada a ti ni a mí?

— Si algo nos sucede, será por decreto del Presidente del Consejo Supremo de Guerra.

— Vamos, pues. ¿Qué necesito?

—Tu certificado de nacimiento y el pasaporte de extranjera.

— Los recojo en un segundo.

* * *

En el aire se agitaban los heliplanos de la fuerza pública, cuando Kerry y Sonia se ocultaban entre los ramajes del parque Rah, para deslizarse después hacia un camino sombreado, sin ser vistos, y llegar poco más tarde a una estación de servicios interurbanos, donde pudieron subir a un «car» público.

Para no despertar sospechas ni mallar la atención, Kerry se había quitado el escudo de inviolable del «harpo», y así nadie se fijó en él. De esta forma pudieron llegar al centro de la urbe, y de allí, en un heliplano de alquiler, se trasladaron al edificio del registro matrimonial.

Para que una pareja pudiera contraer matrimonio no necesitaba más que estar solteros o divorciados. Tenían que llenar un impreso, y eso fue lo que hicieron, introduciéndolo luego por una ranura de solicitudes.

Casi en el acto, apareció un funcionario, quien les hizo pasar a un amplio despacho, donde se inclinó ceremoniosamente.

— Vos no tenéis necesidad de solicitar un acta matrimonial por el conducto ordinario.

— Es que deseo casarme de incógnito... ¡Y, además, tengo mucha prisa! —explicó Kerry—. Debo acudir al Palacio Azul inmediatamente.

Las palabras de Kerry, que se había vuelto a poner el escudo de Hombre Sacro en el pecho, hicieron responder al funcionario:

— Pues ya podéis marcharos, con mi enhorabuena, señoría. Tened el certificado de matrimonio, que vos mismo podéis rellenar... Aquí está el sello, la fecha... ¡Y mi firma!

— Tenga usted nuestros papeles — dijo Kerry, entregando los documentos de Sonia y los suyos —. Puede enviarlos después a mi domicilio.

— Será un placer, señoría.

Con aquel trámite, y el correspondiente asiento en las fichas, que se realizaría inmediatamente, la boda estaba celebrada.

Kerry y Sonia salieron del registro, ya convertidos en marido y mujer. Ni siquiera se besaron. Ella llevaba los ojos aún enrojecidos por el llanto, pero sentía la impresión de que, pese a la desgracia, en el horizonte de sus vidas se vislumbraba un rayo de luz y esperanza.

— ¿Crees que todo saldrá bien? —preguntó Sonia, trémula, cuando buscaban un heliplano.

— Ken Febre tiene la palabra, amor mío.

— Confiemos, pues, en él.

* * *

El Palacio Azul, residencia del Presidente Febre, se encontraba a ciento cincuenta metros de profundidad, en el corazón de las Montañas Rocosas, bajo ingentes toneladas de hormigón, acero, plomo y tierras antiradiactivas.

Para penetrar en él, cualquier visitante debía atravesar numerosas puertas de seguridad, utilizando varios ascensores, y, si todo estaba en orden, podía llegar a contemplar una de las maravillas más grandes de la ingeniería de aquel siglo de los planetas.

Bajo una inmensa bóveda, el Palacio Azul era como un inmenso diamante de luz, enteramente de cristal carbónico, resplandeciente, suntuoso, maravilloso y, más que otra cosa, espectacular.

Parecía estar en el centro de un lago azul, cuando la realidad era que se trataba de una superficie de cristal pulimentado. La luz indirecta, invadiéndolo todo, daba una claridad más impresionante que la del sol. Y allí dentro, bajo la inmensa bóveda, se concentraba una atmósfera purísima, sin emanaciones de ninguna clase, que hacía dilatar los pulmones y sentir la euforia de vivir.

Kerry no encontró ninguna dificultad en penetrar en el Palacio Azul. Sólo a Sonia la interceptaron seis veces, por lo que tuvieron que mostrar su flamante certificado de matrimonio, en el que Kerry había puesto su nombre y el de ella.

Como el certificado no llevaba fotografía, hubo necesidad de identificar a Sonia con telemáquinas. Uno de los jefes de identificación fue quien advirtió a Kerry de que Sonia estaba siendo buscada por la fuerza pública.

— Lo sé, amigo — contestó Kerry —. Precisamente, ése es el motivo por el cual venimos a ver al Presidente.

— Bien. Os he advertido. El Presidente os espera y es mi deber comunicarle esta anomalía.

— Cumpla con su deber.

— Gracias, señoría.

Al fin, sin más demora que la de permanecer cinco minutos esperando a que el Presidente terminase una importante audiencia con un delegado de Júpiter, y pasando por delante de más de veinte altos personajes que esperaban ver al Presidente, Kerry y Sonia fueron introducidos en la Cámara Magna, una sala de impresionantes dimensiones, al fondo de la cual estaba Ken Pebre, sentado detrás de una mesa de más de diez metros de larga.

Una cinta móvil llevó a la pareja a pocos metros de la mesa, de la que el Alto Magistrado se había levantado para salir al encuentro de Kerry y su esposa.

— Considero un honor esta deferencia, Kerry... ¡Bonita mujer tu esposa! Has hecho muy bien en venir a verme inmediatamente. Estoy informado de todo.

— ¿De todo? —preguntó Kerry, alarmado.

— Sí. Aunque espero me cuentes todos los detalles... Sentaos.

Alguien, a través de cámaras ocultas, debía de estar vigilando los gestos de Ken Febre, porque inmediatamente surgieron sendos sillones, en las que se sentaron los visitantes.

Con una cordial sonrisa, el Presidente esperó a que Sonia se hubiese sentado, y entonces lo hizo él, no detrás de la mesa, sino junto a ellos.

— ¿Quieres tomar algo, Kerry?

— Gracias, Ken. Primero déjame explicarte lo ocurrido. No voy a extenderme mucho.

Kerry tardó exactamente ocho minutos y medio en explicar todo el proceso de cosas que le habían llevado a recurrir ante el Presidente. En su exposición de hechos no omitió siquiera su intención de querer proteger a Sonia y cargar él con la responsabilidad.

— Eso es todo — terminó.

— Bien. Pero no veo la razón para preocuparse de nada... ¡Ni tampoco tenías por qué renunciar de antemano a tu inviolabilidad! Estimo que has desorbitado las cosas, Kerry.

— Ha sido por mi deseo de justicia.

— Yo, personalmente, aparte de lo que opinen los juristas, los que a decir verdad me tienen sin cuidado, no veo motivo de alarma, excepto que un . mono peligroso anda suelto. Al decir esto, me baso en que no hubo motivo, ni interés alguno, de perjuicio a las leyes, puesto que el experimento podía,

¡y puede, estoy seguro!, reportar un gran beneficio

a la humanidad.

»Ha habido riesgo, es cierto. Y no se ha experimentado en el recinto de la Universidad Oficial. Pero tu presencia en los experimentos es suficiente garantía de oficialidad. Tú eres un miembro titular de la Universidad y no importa dónde ni con quién realices las pruebas y experiencias que estimes necesarias.

Al escuchar a Ken Febre, el rostro de Kerry se distendió en una expresión de alivio.

— No sabes cuánto te agradezco tus palabras, Ken.

— Es la verdad. Y me complace decírtelo. Por lo que a mí respecta, has hecho bien incluso en casarte, para proteger así a la mujer que quieres y poder llegar hasta mí con ella. Sin embargo, hay algo que me preocupa y que hemos de discutir más despacio.

— ¿Qué es?

— El mono... Ha escapado y nadie sabe dónde está. Ese mono es

un peligro muy grande. Ha demostrado maldad y capacidad para el homicidio. Convendría capturarle vivo, pero no se debe arriesgar una vida por salvarle, y más, habida cuenta de que la experiencia puede repetirse con otros simios, tomando las medidas de seguridad que sean necesarias.

— Me temo que eso no será ya posible, Excelencia.

Ken Febre frunció el ceño y dijo:

— Puedes hablarme como lo hace Kerry, Sonia... ¡Ya eres una Inviolable como nosotros!

— Perdóname... No estoy habituada y me... inspiras un gran respeto.

— Estás disculpada, Sonia Gordon. Yo mismo te daré tu escudo de Inviolable. De momento, hoy comeréis los dos conmigo. Así tendremos tiempo de conversar. Ahora perdonadme. Debo seguir atendiendo a los deberes de mi cargo... Dicen que soy muy importante. ¡Qué lástima!

.Sonia y Kerry se levantaron.

EPTAMÓN VIII

— En mi sentido del tiempo, hace ya tres horas que estoy encerrado aquí y nadie parece preocuparse de mí. Los agentes de la fuerza pública, desde luego, están ahí, esperando en sus naves, con las armas apuntando a estas ventanas.

«Sospecho que, en los accesos a este apartamiento, a cuyo dueño ni siquiera conozco, deben estar apostados más agentes, aunque no he visto nada que me revele su identidad.

»Me rodean por todas partes... ¡Y la culpa ha sido mía, por venir a buscar a Kerry Gordon a su apartamiento!

»Y es curioso. ¿Cómo sabía yo su domicilio? ¿Por qué vine aquí y por qué no me oculté en la casa de Kerry, sino que me he refugiado aquí, donde todo me parece tan familiar?

»Hay cosas que mi mente no puede comprender. No soy perfecto... Pero los hombres tampoco lo son. Mirando a esta grabadora, me parece haber estado aquí antes. He accionado los mandos como si fuese mía... ¡Y, sin embargo, en el laboratorio de Él había una de modelo completara en te distinto!

»¿Dónde está Él ahora? ¿Es cierto que su espíritu no muere?

»¿Qué ocurrirá con mi espíritu, cuando yo muera? Porque, indudablemente, yo, Rik el simio, también poseo ahora un espíritu humano. Sé pensar, hablar, leer, actuar... ¡Y he matado, de acuerdo con un instinto que nace en mí!

«Esto es complejo. Soy un mono que ha conseguido actuar como los hombres y sentir como ellos. En mi mente han resucitado ideas de otras personas, ya fallecidas. Su espíritu, o parte de él, quedó en su cerebro, en esas minúsculas células que son como depósitos de recuerdos.

«¡Yo soy parte de los hombres cuyos recuerdos poseo! ¡Ellos prolongan en mí su existencia, reviven en mí! ¡Y esto es algo tan fantástico como mi propia existencia! ¡Me gustaría...!

»— ¡Rik, escúchame!

»—¿Quién me llama? ¿De dónde viene esa voz?

«¡Es la voz de Kerry Gordon, y procede de un «heliplano» que se ha situado frente a la galería, entre los aparatos de la fuerza pública! ¿Cómo se ha atrevido a venir sabiendo que deseo acabar con él?

»—Sabemos que estás ahí... ¡Y tienes a un niño contigo!

»—Sí, Kerry Gordon. Aquí está Kiki...

»— ¿Hablas?

»— ¡Naturalmente que hablo! ¿No me operaste tú mismo para que pudiera hacerlo? Diles a esos hombres que no disparen o el bebé morirá.

* * *

»— Oye, Rik, ese niño es de un hombre que ya está muerto. Yo le conocí, porque ya sabes que vivo en el apartamiento de arriba. ¿Sabes quién era ese hombre?

»—No, ni me importa... ¡En cambio, tú sí que me importas! ¿Por qué no vienes a por mí?

»—Ésa es mi intención, Rik. Te hablo como a un ser inteligente que eres. No esperaba esta sorpresa de oírte hablar. ¿Cómo has aprendido?

»—Oyéndoos a vosotros decir sandeces sin interrupción. Aprendí vuestro lenguaje más aprisa que vosotros, porque ya lo sabía. Tu operación en mi garganta sirvió para facilitarme la labor. Ahora soy como vosotros.

»—No, te equivocas en eso. Vengo del Consejo Superior de Guerra, donde hemos estado deliberando sobre ti... ¡Y no hay leyes para juzgar tus actos! ¡Entrégate sin lucha, Rik; no te pasará nada! ¡Te doy mi palabra de honor! Pero antes debes respetar la vida de ese bebé, que tiene en su cerebro orígenes comunes a ti.

»— ¿Qué quieres decir con eso, Kerry Gordon? ¿No te entiendo?

»—¡Quiero decirte, que es el hijo del difunto H. B. Joop, el periodista de quien se tomaron neuronas naturales para trasplantárselas a ti, del mismo modo que te trasplantaron neuronas de una mujer que estaba loca.

VIII

Ken Febre parecía tener el hábito de musitar palabras en voz baja, para sí, aunque estuviese acompañado, y, constantemente, sin dejar de mirar o conversar con sus huéspedes, se llevaba al oído derecho, inclinándose ligeramente, un curioso anillo adornado con un grueso diamante rosado.

La verdad que tal hábito obedecía a razones de Estado.

El Presidente estaba recibiendo continuamente mensajes a través del pseudoanillo, en el que se ocultaba un diminuto altavoz, que sólo él podía oír, acercándoselo al oído. Y las palabras que musitaba eran órdenes o instrucciones sobre asuntos de la máxima importancia.

De este modo, estuviese comiendo, descansando o asistiendo a una fiesta, Ken Febre estaba al corriente de acontecimientos que sólo él podía resolver. Otros, de menor trascendencia, era» resueltos por sus numerosos secretarios, desde sus respectivos despachos. Y cuando se recurría a él era porque nadie más podía dar la respuesta exacta.

Mientras comían, en un suntuoso recinto, servidos por numerosos criados, Kerry y Sonia habían visto a Ken repetir varias veces el gesto de llevarse la mano al oído.

Al fin, el propio dignatario hubo de explicar:

— Mis secretarios son de una incompetencia tremenda. Habré de purgarlos a todos y recurrir a gente con iniciativa... No hacen más que molestarme con llamadas y preguntas que cualquiera de ellos puede contestar y resolver por mí... ¡Y es que no se atreven a asumir una responsabilidad, ni siquiera sabiendo que yo no los desautorizaré nunca!

— Hay cuestiones que son de la directa incumbencia de un Presidente — dijo Kerry.

— Sí, que me consulten para ello está bien. Pero que me pregunten, como, por ejemplo ahora, qué hacen con uno de los esclavos «vromos» que se ha insubordinado con los capataces de una plantación de «guamo» es para volverse loco.

— No hay ley contra los «vromos» —se atrevió a señalar Kerry.

— ¡Pues que los eliminen a todos! Saben que esos seres sólo son útiles para recolectar el «guamo»... ¡Otra vez! ¿Qué ocurre ahora? Estoy comiendo con mis invitados... Sí... ¡Ah, está bien! — El rostro grave de Ken Febre se había distendido en una expresión de perplejidad para mirar a Kerry y añadir—: Se trata de tu caso... Me informan que el mono ha sido localizado en tu apartamiento del

«Imperial Build».

— ¿En mi casa? —exclamó Kerry—. ¡Eso indica que me anda buscando!

— ¡Quizá quiere matarte como hizo con mi padre!

— ¡Chissst! —musitó el Presidente, atente a las instrucciones que le llegaban a través de su anillo-radio.

Así permaneció unos minutos, escuchando y musitando breves frases, que apenas podían ser escuchadas por Kerry y Sonia. Al fin, bajó la mano e informó:

— Sí, en efecto. Parece que iba en busca tuya, Kerry. Pero, al ser cercado por la fuerza pública, se ha refugiado en un apartamiento inferior, donde hay un niño de pocos meses, hijo de una mujer de prensa e información, la viuda de H. B. Joop.

— Le conozco —respondió Kerry—. Fue un gran periodista, muerto en acto de servicio, hace seis meses. No llegó a conocer a su hijo. También conozco a Della, su esposa... ¿Y no está Della en su apartamiento, con el niño?

— Della Joop trabaja en una agencia de noticias, la «Brako-News». Una doncella atiende al bebé, pero la mujer dejó al pequeño durmiendo para salir a efectuar unas compras. Y allí se ha metido ese mono.

«Pero hay algo más, muy singular... En el cerebro de Rik existen neuronas que pertenecieron a H, B. Joop.

— ¡Imposible! —exclamó Kerry, asombrado.

— Es cierto. El Comando de «Pólice» acaba de informar ampliamente a mis ayudantes. Fueron cinco veces. Me las entregó en cajitas de metal, y habían sido cortadas del sector cerebral donde se sitúan los recuerdos. Era lo que quería mi padre.

— Las primeras neuronas trasplantadas —continuó diciendo Ken Febre — procedían de un hombre de ciencia y gran matemático, llamado Hugo Kreel. El doctor Kuawi no se preocupó de saber a quién había pertenecido aquel cerebro. Estaban allí, como muestras de estudio, y se las dio a Sonia.

— Pero no especuló con ellas — defendió Sonia.

— Eso no atañe ahora al caso. Se ha establecido la identidad de las cinco porciones de cerebro. Un sabio, un periodista, un obrero, un niño y una mujer loca y homicida. Eso, a mi juicio, explica las cosas.

»Por lo que respecta a Rik, nos interesaría capturarle vivo y encerrarle en lugar seguro. Pero, si se resiste, habrá que emplear la violencia con él.

— ¡Podemos capturarle con gases paralizantes! — sugirió Kerry.

— Sí, eso piensa hacer la policía. Pero temen por la vida del pequeño Kiki Joop... Es una paradoja que, habiendo vestigios humanos pertenecientes a Joop en la mente de ese mono, sea su único

hijo el que esté en peligro.

»La madre ha sido advertida, pero no se le permite entrar en el apartamiento. El Comando de «Pólice» estima que hay peligro en esa captura... ¡Peligro para el bebé y para Rik! Acorralado come está, puede cometer otro asesinato y luego arrojarse a la plaza...

— ¡Que no hagan nada! — exclamó Kerry—. Yo, personalmente, iré a solucionar el problema. Ne temo a Rik.

— ¡A mí me hará caso! — añadió Sonia.

— Podéis ir los dos. Pero antes es preciso un requisito jurídico. Los miembros del Consejo Superior de Guerra, reunidos en la Cámara Alta, exigen una explicación de los hechos. Yo podía ir a dárselos, pero tú, Kerry, eres la persona más autorizada.

— Me lo estaba temiendo —se lamentó Kerry, desalentado,

— Es lógico que así sea. Tú mismo dijiste a la fuerza pública que renunciabas a tu inviolabilidad. Como el Comando llegó y no te encontró, ordenó que te buscaran. Yo detuve la búsqueda, pero la noticia había trascendido ya.

»Ahora no tienes más remedio que ir al Consejo y explicarles lo que ha sucedido, exponiendo tus razones. Igual que te he comprendido yo, te comprenderán ellos... ¡Y ellos son los que te darán poderes para terminar este asunto satisfactoriamente para todos!

— ¿Y si se niegan a dármelos?

— No te ocurrirá nada, Kerry. Estás bajo mi protección. Mi veto es decisivo. Al Consejo se le deben explicaciones y no hay más remedio que dárselas. Yo influiré sobre algunos miembros importantes para que te otorguen plenos poderes y un voto de confianza. Tú habrás de , demostrar luego que has merecido esa confianza.

»Si no te lo dieran, la fuerza pública se ocuparía del caso y sólo habrías perdido un poco de reputación. Nada más. Seguirías siendo quien eres. Pero te conviene ir.

— ¿Y si mientras perdemos el tiempo en deliberar ocurre una nueva desgracia por culpa de Rik?

— Hemos de exponernos a esa contingencia. De todos modos, el Consejo está reunido. Mientras tú vas allí, yo les enviaré un mensaje. No se perderá más tiempo que el que emplees en llegar a Brako, hablarles y conseguir su voto.

»Lo obtendrás y el Comando de «Pólice» estará a tus órdenes. ¿No te parece que es mejor así?

— Yo creo que sí, Kerry — dijo Sonia.

— Bien. No perdamos tiempo. Iré inmediatamente.

— Puedes utilizar uno de mis cohetes de propulsión electromagnéticos, conectado con la Cámara Alta directamente. En dos minutos estarás allí, ante la Asamblea... Anda, ve cuanto antes... Siento que Sonia tenga que comer sola el postre. Nosotros podemos

prescindir por una vez.

Ken Febre se había levantado, sonriente. Y antes de retirarse, cuando ya Kerry se alejaba a buen paso hacia la salida más próxima, tuvo la gentileza de preguntar:

— ¿Qué se siente al pasar de una vida oscura y anónima a sentarse a la mesa conmigo, en este palacio, Sonia?

— Si no estuviese envuelta en esta tragedia, Ken, ni fuese tan reciente la muerte de mi padre, sería la mujer más feliz del mundo.

Sonia era sincera... ¡Sumamente sincera!

* * *

En la Cámara Alta se hallaban reunidos sesenta dignatarios, todos ellos ostentando el escudo de los Inviolables en el pecho. Los había de todas las edades, entre los veinte y los ciento treinta años. También se encontraban otros cincuenta asientos vacantes, de consejeros ausentes, o bien que viajaban por el cosmos o realizaban misiones que no podían abandonar, y para las cuales tenían permiso de ausencia.

Allí no había más que un asiento destacado, que era el del Presidente, en aquel momento vacío. Ken Febre tenía allí, representándole, un televisor de enorme pantalla panorámica.

También se veía un estrado de oradores, al que subía todo aquel consejero que debía exponer algo de importancia.

Y la actitud de un Hombre Sacro era importante para todos los reunidos. Por eso, Kerry Gordon, nada más llegar, fue acompañado por un ujier hasta el estrado de los oradores, a fin de tomar la palabra.

El diálogo se estableció inmediatamente, siguiendo un rito ya peculiar. Se preguntaba alzando previamente la mano. Un secretario-ordenador captaba las señales y anotaba las peticiones por el orden en que se producían. Si eran varios los consejeros que alzaban la mano a un tiempo, el secretario-ordenador establecía un orden de antigüedad.

Y el primero en hacer su pregunta fue un joven general de carrera. Su pregunta fue tajante, incisiva:

— Kerry Gordon, ¿por qué has renunciado a tu inviolabilidad?

— Me vi envuelto en una serie de hechos que ponían en tela de juicio mi honorabilidad y conducta.

— Explícanos esos hechos y luego te formularé una serie de preguntas —sugirió otro consejero.

— Permitirme la brevedad. El tiempo apremia — respondió Kerry—. Vosotros, como yo, habéis escuchado la alocución del Presidente. Por el momento, hay involucrada la vida de un bebé en este asunto. Si nos demoramos, esa vida corre peligro.

— Yo estoy de acuerdo con el Presidente y no necesito

explicación de ninguna especie —habló otro consejero.

— ¡Pues yo quiero la explicación! —añadió el anterior.

Kerry hubo de exponer los hechos con toda claridad, aunque de un modo más conciso que hiciera con Ken Febre. Empleó exactamente cinco minutos y medio, durante los cuales nadie le interrumpió.

Al terminar, uno le acusó:

— ¡Has violado la ley! Te quisiste someter de antemano al Comando de «pólice» y Justicia.

— Pero reaccioné a tiempo. Sólo tuve que burlar a la fuerza pública y contraer matrimonio, para poder llevar a mi esposa ante el Presidente.

— Sagaz medida. Pero que no ha impedido que la noticia transcienda. ¿Cómo vas a evitar el que todos te señalen como falsario?

— Intento salvar al hijo de H. B. Joop y apresar a Rik... ¡Y no tenemos tiempo! Por favor, consejeros, pensad en que necesito vuestro apoyo. Pensad en que no pido nada para mí, sino por el bien de un niño, la felicidad de una madre y la justicia. Hacedme un favor. Dadme ese voto de confianza que necesito y, cuando todo esté arreglado, pedidme las responsabilidades que creáis oportunas... ¡Incluso podéis sancionarme!

— Sancionarte como a un delincuente cualquiera — gritó uno de los jóvenes generales, belicoso y agresivo, porque siempre existió rivalidad entre técnicos, científicos y militares.

Kerry también había sido militar, aunque no llegó a general.

— ¡Calla, Deplo, tú siempre has recelado de mí, porque fui uno de los supervivientes de la batalla Rumika! Tú fuiste de los que dijiste que me había escondido, acobardado ante los rayos desintegradores. Pero demostré que no era cierto. Presenté pruebas que sellaron tus labios. Desde entonces me has tenido aversión. Pero ¿qué has hecho tú para formar parte de este Consejo? ¿Estudiar la guerra desde tu infancia y no tomar parte en ninguna batalla? ¡Eso es lo que hacéis los generales! Estadísticas, números, estrategias, sistemas de combate, espacionaves... ¡Y los hombres no cuentan para vosotros!

»Pero tú, Deplo, has perdido más de una batalla. ¿No te acuerdas?

Se produjeron murmullos. Deplo no podía replicar hasta que el orador terminase su perorata. Esto era una desventaja, a cambio de la cual, se podía replicar, en audiencia Suprema, con la presencia del Presidente, y las acusaciones de un consejero eran rebatidas.

Estos casos no se presentaban con frecuencia, y Kerry lo sabía. Pero no vaciló en arrostrar ese peligro, con tal de abreviar.

— Yo te he pedido un voto de confianza, que ahora me niegas. Es como si quisieras que Rik, el simio, acabase con la vida de ese bebé inocente. ¿Puedes contestar a eso?

— ¡No quiero que muera nadie! ¡Pero me estás acusando de cobarde!

— Te acuso de ser general, frío y calculador.

Y en este caso, los que hemos de dilucidar, han de ser humanos, seres que piensen en los demás, que sientan lo que es una madre angustiada sabiendo que su hijo está en poder de un simio enloquecido por la ciencia.

— ¡Por culpa tuya! —gritó Deplo.

— ¡No, ya he expuesto, y todos me habéis oído, los hechos! El daño que pudo hacerse es cosa que habrá de dictaminar una comisión científica que invoco desde este "momento. Ya estaba hecho todo por el doctor Kuawi que conocía para qué se le pedían las muestras neuronales.

— ¡Eso fue un fraude, y tu esposa está involucrada en ello!

— Mi esposa es Inviolable como tú y como todos los demás aquí reunidos. Es el único favor que os pido. Aceptadla a ella o renunciad a mí. En esto estriba todo... Pero recordad que obedecía los mandatos de su padre, el profesor Simovich, cuyo prestigio nadie pone en duda.

— En Nueva Europa, pero no aquí —habló otro consejero.

— No seas mezquino y desciendas a creer que Nueva Europa es un país de salvajes sin civilizar. Viven al unísono nuestro. Su técnica es la nuestra, aunque no participen de nuestra legislación. Nuestras fronteras no están cerradas. Ateniéndonos a las leyes respectivas, podemos vivir donde nos plazca... Dejemos eso, os pido una votación. Recordad lo que ha dicho el Presidente... Si me apoyáis, hacéis justicia; si me negáis vuestro apoyo, la fuerza pública actuará por su cuenta...

— ¿Y qué puedes hacer tú que no pueda realizar el Jefe Gress? —preguntó Deplo, sin tanta altivez como antes.

— Puedo salvar a Kiki Joop e impedir que Rik se arroje desde el piso ciento veinte. ¿Qué decís a mi petición?

Los consejeros tenían derecho a diez minutos de deliberación en los casos de urgencia civil. La aprobación de una ley podía durar semanas o meses. Y en caso de urgencia política, la decisión, por exigencia presidencial, debía ser inmediata.

En aquel caso, hubo algunos consejeros que optaron por aprovecharse de los diez minutos legales para deliberar entre ellos y consultarse, antes de volver a sus asientos.

Entonces, el secretario-ordenador, inclinándose sobre el micrófono de su mesa, preguntó:

— Ruego a los consejeros que levanten la mano derecha si están de acuerdo con el voto de confianza pedido por el consejero Kerry Gordon; que levanten el brazo izquierdo los que no estén de acuerdo en otorgarlo y que se abstengan de hacer movimiento alguno los que

no quieran participar en la votación.

Cincuenta y seis manos derechas se alzaron inmediatamente.

Sólo las izquierdas de Deplo y un compañero suyo se levantaron en señal de oposición y otros dos permanecieron inmóviles.

¡Kerry había ganado por abrumadora mayoría el voto de confianza pedido!

— Te admitiré la réplica cuando quieras, Deplo — dijo Kerry, al concluir.

— No presentaré ninguna —contestó Deplo, sereno—. Me he limitado a exponer mi punto de vista. Me alegra estar equivocado. Las leyes, sin oposición, no serían justas... ¡Cuenta, sin embargo, con mis tropas por si las necesitas para atrapar al mono!

EPTAMÓN FINAL

— ¡Me ha dicho que entrará él solo! ¿Está loco? ¿No sabe que le mataré, como hice con Él y Sergei Gorief? ¿Qué es lo que tengo en estas pequeñas manos? ¿Qué colosal fuerza me anima, capaz de aplastar un cráneo humano o retorcer una garganta, hasta matar?

»¡Si se acerca, le mataré!... ¡Y se acerca! ¡Estoy viendo la nave en suspensión aproximándose a la ventana del dormitorio! Hundirá el marco, destrozará los cristales... ¡Y luego se asomará para venir hacia mí!

»¿Por qué lo haces, Kerry Gordon? ¿Es que no temes morir?... El llanto del niño entre mis brazos está estropeando la grabación. Pero no importa... ¡Ya no importa nada! ¡Ni siquiera lo que hay de científico en mi mente se preocupa de que estos «eptamones» pasen a la posteridad!

»El mundo no acabará conmigo, que he acumulado en mi pequeño cerebro los conocimientos y los desvaríos de cinco seres humanos... Yo soy H. B. Joop, y éste es el hijo que no pude conocer. ¡Es grotesca la comedia humana!

»¡Yo tengo algo primordial de tu padre, Kiki! Tengo los recuerdos, el conocimiento, la razón y el dinamismo. ¿No te horroriza el verme?

»Es como si volvieses a ti, después de muerto, con otra envoltura. No hay por menos que admirarse ante la sabiduría de Él. Yo soy un accidente. No puedo quererte, Kiki... ¡Pero tampoco te haré ningún daño!

»También soy Anne Coccoran, y Hugo Kreel, y Paul Smith... Y el

pequeño Dick Ryan. ¡Soy un engendro monstruoso!

»— ¡Rik, ahí voy! ¡No hagas nada al bebé! ¡Sonia viene conmigo!

»— ¡Su voz otra vez! ¡Y Sonia le acompaña! ¿Qué va a suceder ahora?... ¡No te acerques, Kerry Gordon! ¡No te acerques o no respondo de lo que pueda suceder!

(Se oye un fuerte estrépito de cristales, y un chasquido).

»—Ahí está... ¡Maldito Kerry! ¡Te voy a estrangular delante de ella, con una mano, y sin soltar al bebé! ¡No llores! Tú serás un buen periodista cuando seas grande, Kiki. ¡La noticia estará siempre donde tú estés, como ahora!

»— ¡Rik, danos el niño!

»—¡Venid a buscarlo! ¡Estoy en la sala! ¡Las puertas están abiertas! ¡Aquí te espero! ¡Si no quieres morir, dispara contra mí el arma que traigas y mata también al niño! ¡Si quieres dormirme, empleando gases, mis uñas romperán el cuello de la criatura! ¡Es mejor que os vayáis! ¡Idos o sed responsables de lo que ocurra! Y aunque seas Inviolable ante la ley, tu conciencia será siempre culpable.

»—Escúchame a mí, Rik. ¡Atiende, por Dios!

»—¡Es Sonia!... ¡Oh, siento que vacilo! ¡Y no puedo hacerlo!

»— Rik, me he casado con Kerry porque le quiero. ¿Qué es lo que tienes contra él? ¿Por qué no me contestas? Deja que me acerque a ti. No te sucederá nada.

(De la garganta de Rik surge un alarido infrahumano que ahoga por completo las palabras de Sonia).

»—Le voy a estrellar contra la calle... ¡Soy Anne Coccoran, y siento horribles deseos de matar! ¡Voy por vosotros! ¡Morid todos conmigo! ¡Muerte, Muerte!

»—No, Rik; no... ¡Noooo!

* * *

Aquí terminó la grabación que, a modo de «eptamones» informativos, había realizado Rik, el simio, con la máquina especial del difunto H. B. Joop.

Sólo la Ciencia y la Justicia pudieron escucharla después.

IX

Ante el elevado «Imperial», en la Plaza Octagonal de Brako, Kerry encontró a Sonia acompañada de una mujer joven a la que conocía. Una fila de agentes de la fuerza pública acordonaba la plaza, y se extendió por las calles que rodeaba el alto edificio. También, un grupo de agentes custodiaba a las dos mujeres.

Sonia llevaba ya su escudo de Inviolable. Se lo había entregado el Presidente Pebre, media hora antes, al despedirse de ella en el Palacio Azul.

Y la mujer sin consuelo que estaba con Sonia era Della, la viuda del periodista H. B. Joop.

Con Kerry llegó el Jefe Gress y varios altos funcionarios de la fuerza pública. Todos llevaban armas en la mano y parecían muy nerviosos,

Gress no cesaba de dar órdenes.

— ¡Una nave de suspensión aérea, pronto!... ¡Yo le aconsejaría que no subiera nadie con vos, señoría!

— He de luchar con Rik y proteger a Kiki al mismo tiempo — respondió Kerry.

Bella Joop, al escuchar esto, se desasió de Sonia y corrió hacia Kerry, gritando:

— ¿Vais a subir, señoría?

— Sí, Della. Voy a subir. Debe usted tranquilizarse. A Kiki no le ocurrirá nada.

Procedente de la Avenida del Consejo llegó, deslizándose a pocos centímetros del suelo, una nave de suspensión aérea, silenciosa y de proa redondeada.

— Señoría —gritó el Jefe Gress—, ahí está la nave.

— ¡Mi hijito, por el amor de Dios!

A una seña de Kerry, varios agentes se llevaron a Della Joop hacia la entrada de un edificio, donde el público estaba siendo obligado a retroceder para mantener despejada la plaza.

Sonia se situó junto a su marido cuando éste iba a subir a la nave, de la que habían descendido dos agentes armados.

— Te acompaño, Kerry.

Él la miró sin hablar. Debió ver decisión irrevocable de tomar parte en el asunto, y la dejó subir a la nave.

Él tomó los mandos y el aparato, silenciosamente, gracias a su

dispositivo antigravitatorio, se elevó con rapidez, tomando una leve inclinación a fin de acercarse a la fachada del elevado edificio.

La tensión creció entre los miles de personas que contemplaban, sin saber exactamente lo que estaba ocurriendo, aquella nave que iba al encuentro de las otras que se mantenían inmóviles a la altura del piso ciento veinte.

Kerry ordenó por radio que le dejasen espacio libre y las otras naves se apartaron, para situarse a su lado. Entonces, utilizando un megáfono electrónico, capaz de atravesar las paredes más sólidas, intentó convencer a Rik de que se entregase y depusiera su actitud.

¡Su sorpresa no fue fingida al oír la respuesta de Rik!

Aturdido, se volvió a Sonia y murmuró:

— ¡Habla! ¡Lo conseguimos!

Ella no respondió. Estaba asomada a una ventanilla, mirando ávidamente hacia la fachada del edificio.

— No creí que Rik pudiera hablar... Pero el muy astuto callaba, para engañarnos. ¿Sabías tú algo, Sonia?

— No, nada. ¿Qué te propones?

— Voy a romper la ventana del dormitorio.

— ¿Y el niño?

— Atacaré a Rik antes de que pueda hacerle nada.

— ¿Y si le mata? ¡Oh, Kerry; no hagas nada, por Dios! ¡Déjame que yo le hable!

— Es asunto mío... Haremos una cosa. Entraremos los dos a un tiempo. Yo me ocuparé de Rik; tú cuídate del niño... Abre la puerta, voy a embestir con la proa de la nave...

* * *

Lograron introducirse en el apartamiento, saltando dentro de la habitación vacía.

¡Y de pronto, Rik apareció ante ellos!

Un alarido de Rik hizo que Kerry corriese hacia la puerta del salón, seguido de una descompuesta Sonia, que gritaba:

— ¡No, Rik; al niño no!

Llevaba al bebé en un brazo. Su rostro aparecía descompuesto, le brillaban los ojos y saltaba violentamente de un lado a otro.

— ¡Cuidado con el niño! —aulló Kerry.

Fue a extender las manos, para sujetar a Rik, pero éste pasó como una exhalación por su lado, sin dejarse agarrar. Era obvio que intentaba llegar a la ventana rota, por donde habían entrado Sonia y Kerry, a fin de arrojarse al vacío.

Sonia, que estaba detrás de Kerry, abrió los brazos bruscamente.

Rik quiso apartarse, saltando de costado, y quedó en un rincón.

El niño que tenía en su brazo izquierdo lloraba ahora estrepitosamente.

— ¡No, Rik, escúchame! — suplicó Sonia, deslizándose hacia la ventana destruida, a la que asomaba media nave suspendida—. ¡Dame al niño! ¡Él es inocente y no tiene culpa de nada! ¡Dámelo!

Rik sacudió negativamente la cabeza.

Kerry se abalanzó sobre él, pero el mono se escabulló, tropezando con Sonia, quien le agarró por el cuello. Pero el simio, con una fuerza que dejó aturdida a la muchacha, se desasió violentamente, siempre sin soltar a Kiki, para saltar hacia la ventana rota.

Y hubiese logrado saltar al vacío, si otra nave de la fuerza pública, al tratar de ayudar a Kerry, no se hubiese acercado rápidamente, cerrando la brecha.

Rik aulló, al ver que tenía cerrado el paso, y entonces llevó su mano libre al cuello del bebé.

¡Su acción fue algo que paralizó a Sonia, pero estimuló a Kerry, quien saltó de modo impresionante sobre el mono, obligándole a extender la mano, para protegerse!

A consecuencia del salto de Kerry, Rik y su diminuta presa rodaron por el suelo, separándose por vez primera uno del otro, y quedando Kiki en el suelo, llorando con desconsuelo.

Sonia se abalanzó sobre el bebé y lo protegió con su cuerpo, mientras el mono y Kerry entablaban una tremenda lucha a brazo partido.

El largo brazo izquierdo de Rik rodeaba el cuello de Kerry, amenazando con estrangularle. Pero el hombre, tirando de la cabeza del simio hacia atrás con una mano, golpeaba con la otra el pequeño cuerpo velludo y nervioso.

Fueron segundos de infinita violencia, que a Kerry parecieron horas interminables, durante los cuales sintió agolparse la sangre a sus sienes, temblarle las piernas y latirle el corazón con fuerza, como amenazando estallarle en el pecho.

Ante él, tenía a Rik, un demonio de ojos centelleantes, boca crispada, babeante, y una expresión demoníaca y humana a la vez, capaz de infundir pavor al mayor sereno y templado de los mortales.

Luego, cuando ya la respiración faltaba a los pulmones de Kerry, que no podía hacer nada para contrarrestar la fuerza del simio, varios agentes irrumpieron en la sala que se abalanzaron también sobre la pareja.

Muchas manos sujetaron a Rik y tiraron de él. Y fue necesario tirar con fuerza, golpear sin piedad, . como hizo un robusto agente, hundiendo el cráneo de Rik de un tremendo golpe con la culata de su arma.

Entonces terminó la contienda.

El simio cesó de luchar, para quedar bajo aquel enorme montón de hombres. Mientras, Kerry estaba debatiéndose para recobrar el aliento, debido a la feroz presión sufrida en su cuello.

Algunos agentes le practicaron la respiración artificial, durante unos minutos. Kerry tuvo que rechazar aquella ayuda, jadeando:

— No os preocupéis... Estoy bien... ¿Y el bebé?

— Está bien, Kerry... ¡Le tengo yo!

Ante él, sosteniendo en brazos al pequeño Kiki, estaba Sonia, sonriente.

— ¿Le ha pasado algo?

— No, nada; gracias a Dios... Está bien.

— ¿Por qué... por qué llora?

— Debe de tener hambre, ¡pobrecillo! Hay que llevárselo inmediatamente a su madre.

Kerry se levantó trabajosamente y se inclinó sobre Rik, que yacía en el suelo, en grotesca postura, agitándose aún, pero sujetado por cuatro agentes de la fuerza pública.

— Sonia... Sonia... Sonia —parecía estar repitiendo el infortunado animal, de cuya cabeza achatada se escapaba un hilillo de sangre, que manchaba el suelo.

— ¿Por qué has hecho esto, Rik? —preguntó Kerry, ante el asombro de los agentes.

— Ella... fue... la primera mujer que... conocí, Kerry... ¡Te odio!

— No eres como ella.

— Lo sé... No podía ser mía... Pero la quie...

Rik no pudo continuar hablando. Se estremeció

violentamente y ladeó la cabeza, quedando muerto. En su cerebro, las ideas de otros seres ya desaparecidos se borraron también.

El fenómeno de su existencia racional había terminado.

Kerry Gordon fue lo suficientemente humano y comprensivo para cerrar los ojos del animal, con un gesto de suprema resignación; luego se levantó y dijo:

— Lleváoslo... ¡Está muerto!

* * *

Kerry Gordon dio una conferencia para las agencias de información, aquella misma tarde, en su apartamiento, situado en el piso superior del lugar donde habían tenido lugar tan impresionantes acontecimientos.

Entre los informadores no estaba Della Joop, la cual no pudo asistir a la rueda, pero la «Brako-News» tenía allí a un representante.

Junto a Kerry estaba sentada Sonia, muy grave, como distraída, escuchando a su marido y a los informadores sin despegar los labios.

En manos de los representantes de la prensa y la T.V., se veían micrófonos y pequeñas cámaras de microimágenes.

— Ha sido una gran pérdida para la ciencia — empezó diciendo Kerry—. Dudo que podamos averiguar el método empleado por el profesor Simovich para efectuar el trasplante de neuronas naturales. Sin embargo, mi esposa y yo vamos a intentar reanudar la experiencia.

— ¿Y no teméis que os puede ocurrir lo mismo? — preguntó alguien.

— Tomaremos las medidas de seguridad convenientes. En este caso se han cometido muchos errores. Permítanme que les explique cómo ha ido todo.

Esta vez, Kerry Gordon habló sin interrupciones durante más de una hora, explicando pormenores y detalles que sólo podían interesar a los hombres de ciencia. Pero los informadores harían llegar la palabra y la imagen de Kerry Gordon hasta los más apartados confines del universo.

— Tenemos una grabación especial, en «eptamones», dictada por el propio Rik, que ahora está siendo estudiada por médicos y siquiatras, en la Universidad. Ha sido escuchada por los jefes de la fuerza pública y por mí y no puedo decirles más que Rik, en sus arrebatos de enajenación, coordinó su estado psíquico de un modo maravilloso.

»Qué duda cabe de la interesante experiencia que hemos obtenido con la acción de Rik. Piensen en lo que significa el poder continuar manteniendo viva la experiencia de seres humanos que han llegado al límite de sus fuerzas.

»Yo pienso que los conocimientos adquiridos durante la larga vida de un hombre dedicado al estudio y a la ciencia, pueden trasplantarse, no a un mono, sino a un recién nacido, por ejemplo. Esto sería como dar un gran salto hacia el futuro.

»Un niño de corta edad, por ejemplo, recogería la herencia mental de un sabio, y la continuaría, ampliándola durante toda su vida, para, a su vez, transmitirla a otro cerebro virgen al llegarle la hora de dejar este mundo.

El murmullo de asombro entre los entrevistadores fue ahogado por la pregunta de uno de ellos:

— ¿Estáis en condiciones de continuar la labor del profesor Simovich, señoría?

— Lo intentaré, al menos.

* * *

Pocos días después, Della Joop pidió permiso para hablar con Kerry, quien se lo concedió.

La mujer besó la mano de Kerry, con lágrimas de agradecimiento en los ojos.

— Debe usted tranquilizarse... Ya pasó todo.

— Vengo del Hospital General, donde han incinerado a Rik y a los cerebros de experimentación que tenían allí. He presentado una demanda contra el director.

Kerry no respondió, mirando fijamente a su vecina, la cual continuó diciendo:

— Pero hay algo que me preocupa. ¿Vos creéis que en ese mono había vestigios racionales de mi difunto esposo?

— En Rik estaba parte de su memoria.

— ¿Por eso fue a refugiarse en mi apartamiento?

— Tal vez le resultase familiar el modo de penetrar en él.

— ¿Y no reconoció a Kiki?... Claro, Herbert murió antes de nacer el pequeño. Pero...

— Escuche, Della, no se torture. Ha sido un accidente. Su hijo está bien. ¿Qué más quiere?

— Estoy muy preocupada. Kiki apenas come desde que sucedió aquello...

— ¡Eso les suele ocurrir a muchos niños! Quizá recibió una fuerte impresión. Será mejor que le lleve al médico. No creo que tenga nada que ver una cosa con la otra.

— Me han arreglado la ventana, señoría. No sé cómo agradeceros lo que habéis hecho por mí.

— Era mi deber... Ahora, se lo ruego, tengo que irme a «Colina». Mi esposa me espera.

— Sí, sí... Perdonadme... ¡Os estaré siempre profundamente agradecida! ¿Sabéis que el doctor Kuawi ha sido condenado a diez años en Mercurio?

— Sí. Lo siento por él.

* * *

Y aquella tarde, en «Colina», sentados en la terraza, al aire libre, mientras el cielo se oscurecía al ponerse el sol, Kerry y Sonia conversaban tranquilamente:

— He destruido todo lo que hizo papá, Kerry.

— Me parece muy bien. Me aterra pensar que pudiéramos continuar su labor.

— Habríamos hecho verdaderos monstruos. Si el hombre es imperfecto con todo lo que sabe, aumentando sus conocimientos podría ser infinitamente peor.

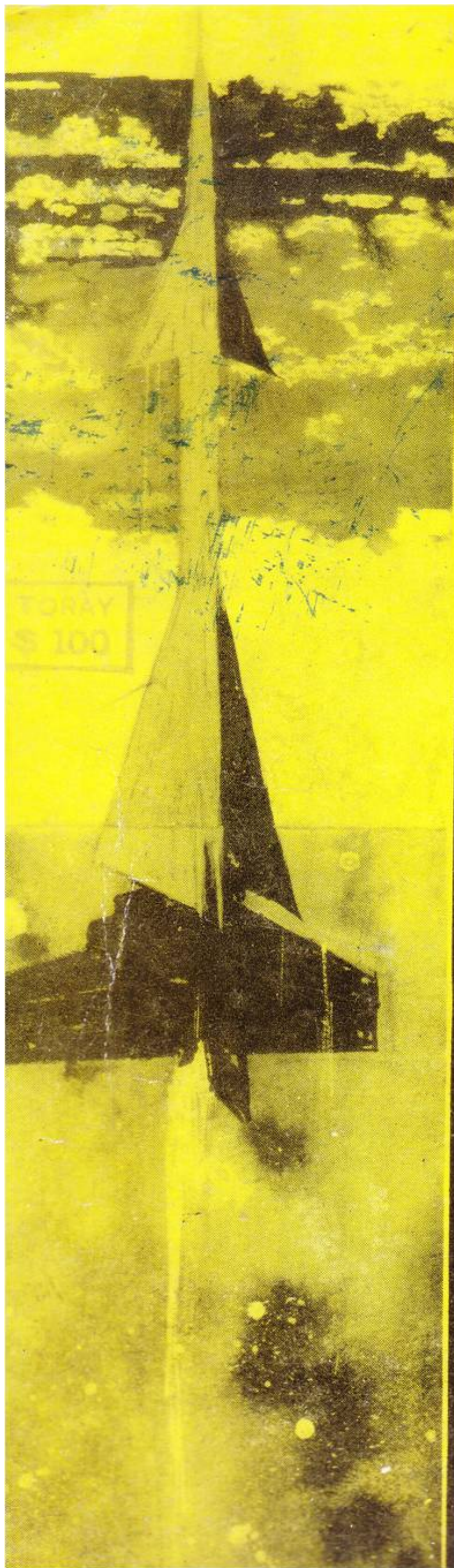
— Sí.

— ¿Y por qué no debemos decírselo a nadie?

— La esperanza de ser más tiene que existir. Hay imbéciles en la Universidad que esperan someterse a la prueba, y ya están especulando con los cerebros de los científicos que fallecen... Sé que han pagado cien mil «checks» por un sabio... ¡que en toda su vida no ha hecho nada útil! Eran sus ayudantes los que trabajaban para él. ¿Qué puede valer un cerebro como ése?

— En verdad que la humanidad está loca, amor mío.

F I N



Próximo número:

Las tumbas
se abrieron,
los sepultados
se levantaron
y comenzó

LA REBELIÓN DE LOS MUERT

ROY ROWAN

Precio: 9